Administración lírico-dramática

FRUTA DAÑADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DARÍO VELAO

Segunda edición

MADRID:
Hijos de Hidalgo, Editores
MAYOR, 16, ENTRESUELO

1898

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

FRUTA DAÑADA

Administración lírico-dramática

FRUTA DAÑADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DARÍO VELAO

Representado con gran éxito en el Teatro de Calderón de la Barca en Valladolid la noche del 27 de Noviembre de 1897

Segunda edición

VALLADOLID:
Imprenta Castellana
RECOLETOS, 12, BAJOS.

1898

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS DE HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

A mis queridos amigos

D. César Silió y Cortés, D. Santiago Alba Bonifáz, D. Antonio Royo Villanova, D. Ramón Barco, D. Eduardo Zarandona, D. Enrique Gavilán, D. Raimundo de Castro, D. Adolfo Délibes, D. Manuel Rubio y Borrás y D. Dativo García.

Os prometí allí, delante de una copa donde burbujeaba el Champagne; envuelto en las fragancias de una amistad firme y eterna; cuando me honrabais con un aplauso que no merecía; os prometí, digo, colocar vuestros nombres al frente de mi "dedicatoria", y... ¡ahí los teneis! Ellos serán la nota más simpática de estas páginas.

¿Que tocais á poco entre tantos? Sea; pero ese poco lleva gérmenes de algo que no morirá sino conmigo. Una gratitud inmensa.

Es siempre vuestro,

El Autor.

Diciembre, 1897.

862.8
T2553
v.236

721790

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Luisa	Sra. Cirera.
Elena	» Echevarría.
María	» Orejón.
Doña Petra	» Coronado.
Paca	» Castellanos.
Señor Tomás	Sr. González.
Enrique	» Mercé.
Antonio	» Augusto.
Sebastián	» Serrano.
Mozo 1.º	» Carpinell.
Mozo 2.º	» Navarro.

Mozos y mozas; rondalla.

La acción en Arévalo: época actual.

Todas las indicaciones se entenderán respecto al lado del actor.

ACTO PRIMERO

Espaciosa cocina en una casa de labranza situada en las márgenes del río Adaja: A la izquierda, en primer término, fogón con campana: lumbre en el hogar; á un lado y otro escaños de madera. Muebles aparentes, propios de una casa de labranza, pero que no demuestren pobreza: Si es posible, serán de roble y cuero, con grandes clavos dorados. En el centro de la escena una gran mesa de nogal. Al fondo galería que se supone da sobre el Adaja, formando forillo. Puertas á la izquierda, segundo término, y á la derecha. Por la galería se verá un amplio horizonte.

ESCENA PRIMERA

EL SR. TOMÁS Y ANTONIO

TOMÁS (Sentado.) ¡Quiés callarte! Yo no soy como otros. Mi palabra es palabra, y cuando te dije, digo,—toma estas tierras y lábratelas,—es porque conocía que te prestaba un favor. ¡O tengo ó no tengo poderes de mi cuñáa!

ANTONIO Los tiés, Tomás; bien lo se. Pero es el caso que la Petra, la de Madrí, quié las tierras pá su hija la Mariquilla, que, como es moza casaera, el mejor día, vá, se casa y pone labranza. Ya sabes que Petra y tu hermana pulítica s'han educao juntas en Madrí; son uña y carne, como el otro que dijo... ¡y el diablo las carga! ¡Pudiá suceér que me dejase con el rastrojo hecho!...

TOMÁS ¡Mira Toño, ni lo pienses en tan siquiera! Esta mano honráa, que jamás ha cubijao

una picardía, no es de las que se dejan torcer á capricho. Duerme tranquilo y labra los rompíos del monte como Dios te dé á entender, que yo respondo de lo otro.

ANTONIO ¡A pesar de tóo lo que ices yo sé bien lo que me traigo aquí! (La frente.)

TOMÁS Reticiencias ¿eh? Pus desembucha, hombre, desembucha.

ANTONIO ¡La tu hija va á casarse!... (Se sienta al lado de Tomás.)

TOMÁS Justo. Hoy se lée la tercer preclama, y acaso mañana... ú pasao...

ANTONIO La verdá, la moza es de perlas: ¡bien se lo merece!

TOMÁS (Con pasión.) ¡Que si es de perlas! Como una virgencica del Carmen. ¡Mira, Toño, si hubiá en el mundo quien hiciese echar á la mi Lena una lagrimilla, ¡paño!... te aseguro que me la pagaba.

ANTONIO Y harías bien. ¡Pus, mira, poique esa creatura es un angel de Dios temo yo que... ¡que háiga desgustos!

TOMÁS (Impaciente.) ¡Acaba!

ANTONIO (Receloso.) Dicen eso. Que si la Mariquilla se perece por el novio de la tu muchacha: que si se conocieron en Madrí, y que si... que si lo apoyaba tóo tu cuñáa... ¡ea, ya te lo ije!

TOMÁS (Exaltándose.) ¡Mi cuñáa!... ¡has dicho mi cuñáa! (Transición: se ríe.) Mira, Toño, deja el cuento á un lao y no me hagas reir. A mi no me quéa en el mundo náa más que Lena ¿sabes? La probecica de su madre se murió cuando apenas tenía un año la pequeña. De entonces acá ni quise volver á casáme, ni tener más cariño que el suyo; y por ahorrála un sentimiento he llegao .. ¡hasta queréle á él!... ¡á él que me la arrebata ¿sabes?... ¡y tóo lo dicho te enterará de que mi voluntá no la tuerce el mayor poér de este mundo.

ANTONIO ¡Pero si hubiá razones! ¡Si la juerza de los hechos te obligase!...

TOMÁS ¡Jamás, jamás! mataría á mi probe Lena desapartándola de ese casorio... ¡no quió ni pensálo!

ANTONIO ¡Fegúrate que tu cuñáa se opone!

TOMÁS No lo creo. Ella nos protegió dende que murió mi probe hermano Martín, engüelto en misterios que aún no s'apartan de mi memoria. El probe no dejó ni rastros de

RBC/NcU

hacienda: tóo estaba embargao y perdío, pero ella, ¡no sé cómo! lo ganó y lo desentrampó tóo y lo trajo tóo; y ¡miá lo que son las cosas! no dejó de querénos á mí y á mi hija mas que yo no háiga sío con ella mú amigo.

ANTONIO ¡Pos ella bien que icía de tí que eres un güen hombre; á mí m'ha confiáo tóo!

TOMÁS ¡De más que lo sé; y tamién que tú sabes muchas más cosas.

ANTONIO ¡Yo!...

TOMÁS No te apures, hombre, que no voy á confesáte. Lo que yo digo es que quiziá su conduta en Madrí no jué tan güena como icen: ¡hasta he sospechao de aquella montonáa de dinero que trajo dimpués de muerto Martín; pero sea lo que quiera, ella nunca me faltó ¿sabes?

ANTONIO Tóo eso es verdá; y está güeno y santo; y por eso, porque se lo debes tóo pué ser que ella se ponga contra la bóa de tu hija. Hasta puée alegar que os ha dao el pan, porque á la fín y á la postre, tu comes siendo su amenistraor.

TOMÁS Pus bien; entonces... ¡si se opone! regañaré con ella! Tóo cuanto hay aquí es suyo; lo sé. Tóo menos mi voluntá, menos el amor de mi hija.

ANTONIO ¡A veces se ve uno tan cerca del hambre! Tu cuñáa es mú imperiosa.

TOMÁS Náa puée echáme en cara. El día en que toquen á cuentas se las daré: cuando me eche, me iré á la calle... ¡pero no comprará mi resinación, ni la de mi hija! El mundo es mú grande; hay pa tóos; y yo sé trabajar y aún pueo mantener á Lena.

ANTONIO Lena está acostumbráa por su tía á una vía mú regalona; mú diferente de la nuestra. Allá, en el colegio de Madrí aprendió lo que nosotros no sabemos: ¡yo no m'atrevería á pensá lo que tu piensas por mieo á que Lena se moriese asín; entre los ahogos de un pasar lleno de trabajos!

TOMÁS Pus á pesar de tóo no me encojería. ¡Más te digo, al que me venga con ostáculos... sé mú bien lo que he de hacéle! Mi hija será feliz, y lo será, ¡vaya si lo será!... ¡ó yo dejaré de ser quien soy!

ANTONIO (Se levanta.) En plata; que la chica se casa.

TOMÁS (Se levanta.) Sí, hombre, sí... y tú te queas con las tierras. Mañana hablaremos con Luisa y se hará una escretura que te tranquelice.

ANTONIO No; si ella no pué negámelas; ¡no me las negará! Pa eso la he servío. Y además tu palabra me basta.

TOMÁS ¡Mi palabra!... (Tendiendo la mano á Antonio.) ¡Ahí la tiés! Eso vale más que una apoteca.

ESCENA II

DICHOS Y ELENA. (Segunda izquierda.)

ELENA Buenos días, padre. ¡Hola, señor Antonio!

ANTONIO Feliciáes, hija, y que sea pá muchos años.

ELENA Gracias.

TOMÁS ¿Ha despertao tu tía?

ELENA Aún está en su cuarto. ¿Y Enrique? ¿no ha venido?

TOMÁS No, pero no tengas priesa, mujer; él vendrá si quiere.

ELENA ¡Tarda mucho! ¡Ya deben haber salido de misa mayor!

TOMÁS Pus que espere si viene ¿eh? voy con este á la huerta.

ANTONIO Amos á ver las tierras arrendáas. Al cabo le he convencío.

ELENA Me alegro. Entonces también tengo que darle á usted la enhorabuena.

ANTONIO Eso al chico, hija, al chico, que pá él va á ser la ganga.

TOMÁS ¿Vamos?

ANTONIO Cuando quieras. Hasta luego, Lena. (Mútis, primera puerta derecha.)

ELENA (A su padre.) No tarde usted.

ESCENA III

ELENA, luego PACA

ELENA Qué contenta se va á poner Paca cuando sepa lo del arriendo. Pero ¿cómo no habrán salido ya de misa? Me alegraría que mi tía se levantara tarde, porque sinó se nos va á desgraciar la sorpresa. ¡Eh, qué niñadas! Mirando tan próximo el instante de nuestra

dicha, me parece que ésta se aleja más y más. ¿Por qué? No lo sé. (Pausa.) Impaciencias del alma; temores... ¡yo misma no me comprendo! Algo así como si el corazón ensanchando, ensanchando, bajo las fibras de la carne, quisiera romper su envoltura y volar hacia otras regiones. Todo lo temo. Me parece que Enrique va á desaparecer; que el sol va á apagarse de pronto, como si el ascua inmensa de su disco se hundiese en las aguas de esa corriente, que como cinta de plata recorta los muros de la villa. ¡Ah, qué tonta soy!

PACA (Entrando por la segunda puerta derecha.) ¡Señorita!

ELENA ¿Ya estás de vuelta?

PACA Se acabó la misa, y las proclamas. He oido la tercera. ¡Si viera usté cuántos parabienes me han dado!... (quitándose la mantilla.)

ELENA Todos quieren á Enrique. ¡Es tan bueno!...

PACA Como que no hay pobre á quien no socorra con largueza. Ha repartido al salir de misa lo menos, lo menos, veinte duros entre los más necesitados.

ELENA ¡Alma compasiva! Oye; el otro día entró por ese balcón un jilguerillo, hermoso como un rayo de luna en noche de primavera; quise yo aprisionarle y cerré la cristalería: el pajarillo buscó un refugio entre los cortinajes y después, acosado por mí, lanzó un débil quejido y fué á cobijarse en el pecho de Enrique: él cogió á la avecilla, besó su cabecita roja y luego abriendo de par en par las vidrieras dió libertad al cautivo, diciéndome: Déjale, déjale que busque á su amada; que pague con amor nuestros amores... que vele por nuestra felicidad.

PACA ¡Qué dichosa va á ser usted!

ELENA ¡Oh, sí; Enrique es el alma de mi alma! Me parece que á su lado encontraré el paraíso.

PACA Me extraña que tarde tanto en venir.

ELENA Le habrán entretenido. Tal vez se habrá encontrado con mi padre que salió há poco y habrán ido á casa del señor cura.

PACA Lo dudo. El señor está en la huerta en compañía del tío Antonio, y según pude ver hablaban de asuntos de interés, porque el tío Antonio manoteaba de una manera...

ELENA Sé á lo que venía. Y aun sospecho que tú tienes parte en el asunto.

PACA ¡Yo!

ELENA No lo niegues. Sebastián te quiere y tú no le desprecias. ¡Así te afanas porque el padre lleve á buen término su pretensión! Pues ten entendido que ha logrado lo del arriendo de las tierras.

PACA ¡Qué gusto! Entonces...

ELENA Entonces mejor será que vayas á ver si viene Enrique. Mi tía puede despertarse de un momento á otro y tenemos que preparar la sorpresa.

PACA Si el señorito no está en su casa, iré á buscarle á la del señor cura... ¡Ay! si pudiéramos casarnos tan pronto como ustedes! (Váse por la segunda puerta derecha.)

ESCENA IV

ELENA, luego SEBASTIÁN por la primera puerta derecha.

ELENA ¡Pobrecilla! Qué contenta se va. Hoy es día de esperanzas y de ilusiones; por eso quiero que todos disfruten de las mías.

SEBASTIÁN (Trae leña que echará en el hogar) Güenos días, señorita. Y que siá enhoragüena.

ELENA ¡Hola, Sebastián! ¿Has estado en la Iglesia?

SEBASTIÁN ¡Podía no! En cuanti eché el pienso á las mulas y tomé un bocáo, dije, digo, ¡ámos á ver la preclama!

ELENA Gracias, hombre.

SEBASTIÁN No tóo es vertú, señorita. Tamién he dío á deprender yo pa cuando nos casemos... ¡si usté quiere que se case Paca!

ELENA ¿Por qué no?

SEBASTIÁN Es un dicir...

ELENA Si tú prometes ser un buen marido...

SEBASTIÁN Seré... un cesto. A mí en diciéndome ella ¡por aquí! ya está dicho. Míste, ¿ve debajo de ese correór cómo bulle el agua del río? Dicen que el que se caéra ahí no lo contaba, ni aun supiendo naár. Pus bien, si Paca viniera ahora y me dijese: tírate de cabeza... allá iba gustoso á ahogarme.

ELENA Eso tampoco es bueno.

SEBASTIÁN Yo no igo que lo sea, pero ella me añuda el gaznate en cuanto se enfada y me pincha en el corazón con sus ojazos que paicen afileres. Por no verla con desgusto soy capaz de tóo.

ELENA Todos los hombres dicen lo mismo y luego...

SEBASTIÁN Toos... menos el señorito Enrique que dice otras cosas más fisnas. (Con misterio.)

ELENA ¿Has oido?...

SEBASTIÁN Quien tié ojos apalpa y quien tié orejas se entera ¿sabe usté? Y no es dengún delito que yo lo haiga escucháo, porque sólo escuché cosas de evangelio ó algo así.

ELENA Ya importa poco que seas curioso...

SEBASTIÁN ¡Si no lo soy!

ELENA En cambio te conviene ser honrado y bueno como lo eres ahora... y Paca será tu mujer, te lo prometo. (Váse segunda derecha.)

SEBASTIÁN ¡Gracias, señorita! y mande usté cuanto quiera... ¡Es un angel! (Se pone á arreglar el hogar.)

ESCENA V

SEBASTIÁN, luego ANTONIO Y DOÑA LUISA

SEBASTIÁN En mi vía he visto mujer más campechana. ¡Qué caráter el suyo! ¡Y qué güena! ¡Paño! no se paice á su tía, que tié un genio que ¡yá, yá!

ANTONIO (Entrando por la segunda puerta derecha.) ¡Hola, Bastián!

SEBASTIÁN ¡Padre!

ANTONIO ¿La señora s'ha levantao?

SEBASTIÁN Hace un istante me ijo, ice, trai tintero; y aluego no ha rebullío.

ANTONIO Dila que estoy aquí.

SEBASTIÁN Váste á hablarla de las tierras?...

ANTONIO ¡Anda, anda, eso ya está! Tenemos que hablar de otras cosas.

SEBASTIÁN Es que no quió descudiar aquello.

ANTONIO ¡Bah! Tú no piensas en otra cosa. Anda, avísala, y no paezcas por aquí. (Algo sério.)

SEBASTIÁN Ya voy, hombre, ya voy. (Se va con mucha calma por la izquierda, segunda puerta.)

ANTONIO (Mirándole marchar.) ¡Piazo de bárbaro! No le movería un carro. Todo lo que no sea tratar de la boa, no le convence náide. La culpa me tengo yo que le mimo, y le quiero y le trato como á los señoritos, es un decir.

D.ª LUISA (Entrando por la izquierda, segunda puerta.) ¡Antonio!

ANTONIO (Descubriéndose.) ¡Señora!

D.ª LUISA Anoche no te he visto en la estación, no obstante que te anuncié mi llegada.

ANTONIO Tuve que hacer, y aluego no quería que Tomás sospechase...

D.ª LUISA (Con sobresalto.) ¿Tú crees que sospecha?...

ANTONIO Yo soy mu precavío, y por si acaso... misté: esta mañana amos habláo pá un asuntillo mío, que ya sabrá usté, y me dijo... ¿á que no sabe usté lo que me dijo?

D.ª LUISA Qué sé yo. Ni aun supongo lo que hablabais.

ANTONIO Pos era en tocante á la boa. Yo le ponía incomenientes, y él ¡ná! como si callara. Yo le icía que usté podía oponerse, y él ¡erre que erre! Hasta me ijo que si usté cuando trajo aquel dinero, lo ganó ó no lo ganó, ó dejó de ganarlo... (Con reserva.)

D.ª LUISA Acaba. ¿Por qué callas? ¿Qué ocultas?

ANTONIO Yo náa; no oculto náa! Es que se me fegura...

D.ª LUISA ¡Bah! Acaso se te habrá soltado la lengua alguna vez.

ANTONIO ¿A mí? .. Misté, señora, cuando un hombre está comprometío, y este hombre no es dengún bestia... cierra el pico y se güelve una tumba. ¡Hablar yo! A otro perro con ese güeso.

D.ª LUISA Más vale así. Ya sabes que en mi poder tengo tu suerte y la de tu hijo.

ANTONIO Pos al respetive de mi hijo era el negocio. De ello hablábamos. Yo quería las tierras y él no quería dármelas, hasta que aluego se convenció y me ijo que hablaríamos...

D.ª LUISA ¿Conmigo? Es inútil. Tengo otros propósitos respecto de tí, y ya sabes que jamás he mudado de parecer.

ANTONIO Pero señora...

D.ª LUISA Nada. Te mandé á llamar porque quería que llevases una carta al correo, y has venido demasiado tarde.

ANTONIO Señora...

D.ª LUISA No hay disculpas. En fin, variaré de plan. No abandones la casa porque te necesito. (Váse por la izquierda, segunda puerta.)

ANTONIO Está bien; no la abandonaré. (Transición.) ¡Ah!... Ahora desconoce mis servicios. ¡Cuando me tié cogío! (Trata de irse por la segunda puerta derecha y en ella se encuentra con Enrique y Elena que entran al mismo tiempo.)

ESCENA VI

ENRIQUE, ELENA Y ANTONIO

ANTONIO (A Enrique.) Güenos días, señorito.

ELENA ¿Qué, ha arreglado usted su asunto?

ANTONIO No, por cierto; pero se arreglará, ¡vaya si se arreglará!

ENRIQUE ¿También tú tienes asuntos?

ANTONIO Y de interés. (Váse por la derecha, segunda puerta.)

ENRIQUE (A Elena.) Pues no he tardado mucho. En fin, ya estoy aquí. ¡No dirás que no adiviné tu deseo!

ELENA Se me figuraba que ocurría algo.

ENRIQUE ¿Qué puede ocurrir? Nada, mi bien. Aprensión tuya. Parece que el cielo que nos rodea, ese cielo que me aguarda impaciente, se empaña á ratos con nubes de tormenta. ¿Qué dudas?

ELENA De todo, Enrique mío. Es el amor tan egoista... tan tímido... mira, á veces creo que no me amas como yo á tí.

ENRIQUE (Con reproche.) ¡Elena!

ELENA ¡Oh, perdóname! Ya lo ves, soy cruel hasta en la duda; hasta cuando es mayor mi alegría. ¡No parece sino que en mis dudas encuentro nuevos placeres! ¿Qué sería del amor sin el incentivo de los celos?

ENRIQUE ¿Celos tú? ¡Y hoy, víspera de nuestro enlace! Eso parece una novela.

ELENA ¡Oh! si el destino nos separara!...

ENRIQUE ¿Y quién hace caso del destino, cuando se siente aquí dentro un amor más grande que la eternidad? Acaso sea este un pensamiento cursi, como dicen allá en Madrid, pero yo no encuentro otro más apropiado. Mira, Elena, en esto soy romántico hasta la exageración, y creo que las almas se aman en el cielo lo mismo que en la tierra.

ELENA Así te quiero yo, y así no temo á nada. ¿Qué importa que se rían de nosotros? ¿Qué importa que critiquen estos puros sentimientos que albergan nuestros corazones? ¿Qué importa la burla del idiota, del empedernido, cuando esta sávia dulcísima corre por nuestras venas? No. Con tu cariño eterno, inmenso, como el mío, no temo á nada; ni al ridículo, ni á la miseria, ¡ni á la muerte!

ENRIQUE ¡Elena, alma mía! Mi vida ha sido hasta hace un año barco sin rumbo que zozobra á la vista del puerto. Todo el influjo de esa sociedad, veneno letal que corrompe el alma, se empeñó en abismarme en sus lobregueces. No sé si luché, ni puedo juzgar que vencí: pecador ó justo, pigmeo ó atleta, vencido ó triunfante, llegué há un año á este pueblo ansioso de templar mis nervios con algo que infundiese valor al alma y fortificase la carne, é hiciese mella en el corazón. Tú fuiste la estrella redentora de la vida de un bohemio; olvidé, al verte, el ruido de aquel gran mundo que me seducía, el porvenir de mi carrera de político chirle, como tantos otros; acaso la gloria que me esperaba por influencias de tu buena tía que siempre se empeñó en proteger á su ahijado...

ELENA ¿Hasta la gloria olvidas por mi amor?

ENRIQUE ¡Hasta la gloria! Y si acaso alguna vez pienso en ella, en ese combate infernal, en esa vida enervante donde perecen todos los entusiasmos y todas las purezas, tus ojos me hablan de un edén, de una paz eterna.... ¡y me entrego á discreción, sin lucha, sin disgusto, como se entrega la avecilla en brazos de Dios cuando cierra la noche tormentosa y el huracán hace bambolear el amado nido.

ELENA ¡Y qué mayor gloria que este hogar querido que te espera! ¡qué mayor triunfo que el absoluto dominio de sí mismo, la paz de los que obran bien!

ENRIQUE Tienes razón. La paz nos sonríe; la dicha nos aguarda.

ELENA Nada puede oponerse á ella. Mi padre te quiere: mi tía... ¡mi tía te adora! Ella ha costeado tu carrera... ella te buscó en Madrid todos los honores...

ENRIQUE ¡Oh! yo sé que mi madrina no se opondrá á este enlace, no; aunque la hayamos engañado.

ELENA Engaño que acrecentará su júbilo, no lo dudes. ¡Si vieras con qué impaciencia preguntó por mi futuro esposo cuando anoche la abracé en la estación! ¡No sé cómo la curiosidad no la ha despertado con la aurora!

ENRIQUE ¡Cuando me vea, me tachará de ingrato!

ELENA — He procurado pintarla con vivos colores el retrato del hombre á quien amo. En todas mis cartas aparecías tú de cuerpo entero... ¡y á pesar de todo no te ha conocido!

ENRIQUE — ¡He cambiado tanto!...

ELENA — Pero antes ¿qué eras?

ENRIQUE — ¡Qué se yo!... algo que no debía ser. Por fortuna mi redención se ha efectuado gracias á tí.

ESCENA VII

DICHOS Y TOMÁS. (Por la segunda puerta derecha.)

TOMÁS — ¿Solos, eh? ¡Y de charla! Así me gusta. Los cariños no puén ser anacoretas.

ENRIQUE — (A Tomás.) Me he retrasado.

ELENA — (A Tomás.) Pero no por su culpa.

TOMÁS — (A Elena.) ¿Ya pides dispensa? (A Enrique.) Te esperaba pa ir en cá el señor Cura. Como no has venío, fuí yo y tóo queó arreglao.

ELENA — (Con zalamería.) ¡Es usted tan bueno!...

TOMÁS — ¡Porque os sirvo! ¡Valiente zalamera! ¿Y tu tía?

ENRIQUE — Creo que no ha salido de su cuarto.

ELENA — ¡Como llegó tan tarde y venía cansada del viaje!...

TOMÁS — Es preciso que no se os desgracie la sorpresa ¿oís? Quiero ver la cara que pone...

ESCENA VIII

DICHOS Y DOÑA LUISA (por la segunda puerta izquierda); luego SEBASTIÁN Y PACA (por la primera y segunda puerta izquierda.)

D.ª LUISA — ¡Buenos días!

TOMÁS — (Aparte.) ¡Adios, ya no tié remedio!

ENRIQUE — ¡Madrina!

D.ª LUISA — (Con asombro.) ¡Tú aquí!

ELENA — Presento á usted á mi futuro...

D.ª LUISA — ¡Cómo, es él; él .. (A Enrique.) Y ¿por qué lo tenías tan callado? Un año sin verte, diciéndome que viajabas... ¡vaya un silencio más particular!

ENRIQUE — Queríamos sorprender á usted, madrina. Verla gozar con nuestro enlace... ¿Acaso esto la disgusta?

D.ª LUISA — (Contrariada) ¡No... por cierto! Aunque bien pudiste advertírmelo. La verdad, no esperaba este placer... como tú dices

TOMÁS — Pus vete saboreándole. Me paice que la chica no tié mal gusto ¿eh? ni tu ahijao... ¡digo yo!

D.ª LUISA — Me alegro de la elección ¡y cómo no!

TOMÁS — Has despertáo tarde...

D.ª LUISA — No lo creas; antes de salir á saludaros he escrito varias cartas... Una dirigida á ese. ¡Luego, luego la verás! Voy á servirte de cartero. (A Enrique.)

TOMÁS — ¡Cuántos años sin verte, Luisilla; y estás buena; ¡paño! hoy me paices mejor que anoche... ¡si no han andao los mejunjes!...

ELENA — ¡Qué cosas tiene usted!

TOMÁS — Lo icho. Tu tía está más joven que cuando enviudó.

SEBASTIÁN — (Entrando con una caja por la segunda puerta, derecha.) ¿A ónde pongo esto?

TOMÁS — ¿Una caja? Ahí, sobre la mesa.

SEBASTIÁN — (A Paca que entra por la segunda puerta, derecha.) Ayúdame, cacho é gloria.

PACA — (Ayudándole á bajar la caja.) ¡Melón!

D.ª LUISA — He notado, Tomás, que te has vuelto hipócrita en este poblacho.

SEBASTIÁN — ¡Anda, poblacho llama la señora á esta hermosura de villa!

D.ª LUISA — ¿Acaso miento?

ENRIQUE — ¡Comparado con la corte!

TOMÁS — Pá vusotros los de Madrí tóo es malo... hasta la gloria; y, acaso, por eso os vais á menúo derechitos al infierno!

D.ª LUISA — ¡Santurrón! Más adelante responderé á tus ataques. (A Elena.) ¿Quieres ver mis regalos?

ELENA — ¡Más regalos!

SEBASTIÁN — (A Paca.) Aprende, tú; pá cuando te cases, á ver si tiés una tía regalona.

PACA — ¡Eso quisieras!

TOMÁS — (A D.ª Luisa.) ¡A qué no te has acordao de mí!

D.ª LUISA — ¿Qué no, eh? Pues abre esa caja y verás si falto á mi palabra. (A Enrique y Elena.) Vamos á mi cuarto. (Vánse por la segunda puerta, izquierda.)

ESCENA IX

TOMÁS, PACA Y SEBASTIÁN

TOMÁS (A Sebastián.) Trae acá un martillo y un cortafríos; y tú (A Paca.) prepara la mesa porque van á dar las doce. (Sebastián se va á por lo que le ha mandado Tomás por la primera puerta, derecha.)

PACA ¡La señora no querrá comer tan temprano!

TOMÁS Quiera ó no comeremos los demás. A la tarde han de venir los convidaos y no estoy de humor de alterar mis costumbres. ¡Ella pué comer cuando le dé la gana!

PACA Almorzará, como se dice allí.

TOMÁS ¡Allí, allí! tamién tú has sacao resabios madrileños?

PACA Algo se pega...

SEBASTIÁN (Entrando.) El martillo, las tenazas y el cortafríos. ¿Hace falta más? (Paca empieza á salir y entrar, trayendo platos, cubiertos, etc.)

TOMÁS Abre pó aquí: veremos qué clase de regalo me trai mi cuñáa. (Señalando la tapa de la caja.)

SEBASTIÁN Durillo está... (Distraido, al entrar y salir Paca se da un golpe en los dedos.) Córcholis! Me hi reventao una uña.

TOMÁS Dale firme, y no seas bruto. ¡Si no miraras tanto á esa!...

PACA ¡A mí!

TOMÁS Ya podías estar á tus quehaceres

PACA ¡Como la mesa está ocupada... no puedo.

SEBASTIÁN No hay que apurase; bajaremos al suelo la caja. (La baja ayudado por Paca.)

TOMÁS Y te pondrás de espaldas pá que no güelvas á arrearte otro martillazo. Dá pó aquí... firme.

SEBASTIÁN Ya cede. (Alzando la tapa.)

TOMÁS Ahora, las tenazas... (Sacando los clavos.)

SEBASTIÁN ¡Ya sé lo que es! ¡Qué bien huele!...

TOMÁS Naranjas... de la huerta de Valencia, de seguro. (Empieza á sacar papeles.)

SEBASTIÁN ¿Tié allí la señora unas tierrucas, verdá mi amo?

TOMÁS ¡Tierrucas! ¿eh? Un naranjal más grande que tóo Arévalo; con unos frutales, ¡la Virgen! tú no pués fegurarte lo que es aquello. Un jardín, vamos.

SEBASTIÁN Se relamberá uno viendo colgáas las naranjas.

TOMÁS Fegúrate, tú. ¡Diablo, pos no trái esto pocos papelotes.

SEBASTIÁN (Sacando una naranja.) Aquí hay una pocha.

TOMÁS ¿Pocha?

SEBASTIÁN Del tóo... ¿Vé usté?

TOMÁS ¡Calla... pus es cierto! (Saca varias naranjas.) Toas están lo mismo.

SEBASTIÁN ¿Y ésta? (Por la naranja que sacó antes.)

TOMÁS Esa es la que ha estropeáo á las demás. ¡Lo malo se contagia pronto!

PACA (A Tomás.) ¿Pondré cubierto para la señora Petra y su hija?

TOMÁS Claro, mujer, claro. (Sacando otra naranja.) ¿Otra mala? ¡Esto no pué aprovecharse: ¡ni una, ni una buena!

ESCENA X

DICHOS Y DOÑA LUISA, ENRIQUE Y ELENA que entran por la segunda puerta, izquierda.

TOMÁS (A Doña Luisa.) Oye, tú; ¿de ónde has sacao el regalo?

D.ª LUISA Ya puedes suponerlo. Mandé escoger unas cuantas de las mejores y las traje conmigo ¡como sé que te gustan tanto las naranjas!...

SEBASTIÁN Pus vienen güenas.

D.ª LUISA (A Sebastián.) ¿Te gustan?

TOMÁS Esto no pué gustar á naide, Luisa. Están macadas.

SEBASTIÁN Las han golpiao en el viaje.

TOMÁS No: es que vino entre ellas una podría.

D.ª LUISA Pues créete que tengo un verdadero sentimiento.

PACA ¡Qué lástima!

D.ª LUISA Tíralas al río, Sebastián; eso no sirve para nada. (Se sienta con Enrique y Elena.)

SEBASTIÁN Quiziá yo pudiese aprovechar...

D.ª LUISA Nada, no son aprovechables. Mandaré traer más naranjas.

TOMÁS (A D.ª Luisa, con intención.) Ya que me las debes, justo es que me las pagues. ¡Te lo agradecería!

ENRIQUE Es decir, que el regalo de usted... (á Tomás.)

TOMÁS Se ha convertío en humo.

SEBASTIÁN (A Paca.) Ayúdame.

PACA Ya voy, hombre, ya voy. (Entre los dos llevan la caja al foro. Tomás les sigue.)

ELENA ¡Qué lástima! De seguro que mi padre ha llevado un disgusto.

D.ª LUISA Yo lo creo; y te prometo que le indemnizaré con creces.

(Paca y Sebastián figuran que arrojan al río la fruta y se van por la segunda puerta derecha con la caja vacía. Tomás se queda mirando al agua.)

TOMÁS ¿Qué os páice? Ni aun el río las quiere. El remolino ese que se traga á las personas, arroja á la fruta lejos de su centro... ¡Lo malo no lo quié náide! (Entristecido.)

ELENA Consuélese usted, padre. Hoy no es día de disgustarse.

ENRIQUE Estando tan cerca nuestra dicha.

TOMÁS La tuya... es icir... la nuestra, es verdad... porque la dicha de mi hija es la mía, y la tuya será la de mi cuñáa ¿acierto?

D.ª LUISA Sí; pero jamás me consolaré del silencio de ese truhán.

ENRIQUE ¡Todavía!...

ELENA Es usted implacable.

TOMÁS ¡Cosas de muchachos! Yo les dije, igo, puesto que quereis engañála gratamente... hacélo... pero coste que no lo apruebo ¿eh?

D.ª LUISA ¿Y ellos?

TOMÁS Erre, que erre; porque Lena tomó la custión por su cuenta, y ¡ya sabes lo que seis las mujeres cuando se os mete una cosa en la cabeza. (Se sienta.)

ELENA Hubiéramos deseado tenerla junto á nosotros hace días.

D.ª LUISA Y hubiera sido mejor... y más oportuno, porque así ahora...

TOMÁS ¡Nunca están conformes las mujeres! Es vicio que Dios les dió... quió icir el diablo, porque Dios no dá esas cosas.

ENRIQUE Pues no tacharán ustedes á Elena de esa falta. ¿Verdad que tú estás conforme?

ELENA ¡Y lo dudas!

D.ª LUISA Decía yo allá en Madrid: Si el esposo de mi sobrina fuese cual yo se le deseo... ¡qué felices serían al lado mío!...

TOMÁS ¡Cómo!

D.ª LUISA Al lado mío y de su padre. Él, mozo galán y acostumbrado á los placeres de la Corte.

Ella educada en un colegio afamado, ¡qué mejor pareja para alegrar las tristuras de mi viudez! Tentaciones tuve de... de proponer á Enrique este enlace y renuncié á ello ¿sabeis por qué?... Porque temía que él fuera demasiado galán, (marcando la frase) demasiado mundano... ¡algo así que no pega bien con la sencillez y el candor de mi bella sobrina!...

ELENA — Dice usted que demasiado galán... y lo dice de un modo...

ENRIQUE — Mi madrina no sabe lo que yo he cambiado.

D.ª LUISA — No te disculpes. Tú, el terror de las muchachas de la Corte, asediado de algunas, cansado de varias... ¿dejarías de ser calavera?

ELENA — (Algo cuidadosa.) ¡Esas tenemos! ¡Enrique!

TOMÁS — Pos vaya un pero que le pones. El que no la corre antes la corre dimpués, conque mejor es hombre de mundo que niño inorante.

ENRIQUE — No trato de disculparme, madrina, ni ese sería recurso nuevo para redimir mi vida pasada. He de hacer constar, á pesar de todo, que jamás se manchó mi conciencia con hazañas de perdulario, ni hice infeliz á ninguna familia por apurar la última gota de un placer infame. Y, en resúmen, la misma Magdalena pecadora fué, encenagada en el vicio, y del vicio se redimió en alas de aquel amor santo que Jesus le inspirara. El arrepentimiento tiene sus héroes; acaso sea yo uno de los más humildes.

D.ª LUISA — No abogas mal.

TOMÁS — Es la verdá lo que ice; yo prefiero la gente franca á aquella otra que nunca se sabe ni lo que ice ni lo que piensa.

D.ª LUISA — ¡Oh, los jóvenes del día!

ELENA — (Con vehemencia.) ¡Qué empeño en acumular mentiras!

D.ª LUISA — ¡Has dicho... mentiras!

ELENA — Sí, y lo repito, tía. Yo conozco á Enrique hasta cuando oculta su más recóndito pensamiento... hasta cuando no dice lo que siente... y sé que ahora... ¡ahora no habla con sinceridad.

D.ª LUISA — Acaso no crees en ese cambio que, dice, se ha operado en su conducta juvenil?

ENRIQUE — ¿No crees en mi redención?

ELENA — (Con más vehemencia.) No pronuncies esa palabra odiosa, Enrique. No creo en tus pecados

porque quien tiene un corazón tan noble como el tuyo, no ha descendido aún hasta la maldad. Si al hierro enmohecido le sumerjes en agua cristalina y pura, para limpiar su óxido, cuanto más le tengas en el agua, más se oxidará. Pues bien, quien tiene culpa, cuanto más cerca del bien se mire más descubrirá sus manchas. ¿Acaso no es cierto?

D.ª LUISA ¡Oh, querida, el mundo no piensa así!

ELENA Ya lo sé. Me enseñaron las hermanas en aquel colegio tan apartado de ese mundo, algo más que los bordados y la música. Aprendí á distinguir el bien del mal, la frente pura de la frente manchada; y en la de Enrique, como en la de mi padre, como en la tuya... no vén mis ojos nada que ahogue, nada que avergüence...

ENRIQUE ¡Discusión estéril la nuestra!

ELENA ¿No es cierto, Enrique mío? (Con ansiedad.)

ENRIQUE ¡Y lo dudas! Si mi amor tuviera algo de que acusarse, no estaría á tu lado. ¡Antes rompería los lazos de una existencia sin honor que unirme á tí con cadenas de enmohecido hierro. Las nuestras han de ser de flores.. ¡y lo son!

(Grupo aparte. Se levantan al entrar los demás personajes).

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y DOÑA PETRA Y MARÍA (muy elegantes, por la segunda puerta, derecha.)

PETRA (Saludando.) ¡Señores!

D.ª LUISA (Abrazando á Petra.) ¡Petra!

PETRA (Abrazando á D.ª Luisa.) Cómo estás querida mía?

ELENA (Abrazando á María.) ¡María!

ENRIQUE (Saludando.) A los piés de ustedes.

TOMÁS (Idem.) Santos y buenos; no se han hecho ustés esperar.

MARÍA (A Elena.) Qué ganas tenía de verte.

ELENA Y yo á tí.

D.ª LUISA (Como contestando á lo que le ha dicho D.ª Petra.) ¡Pero es esta!

PETRA La misma... (A María.) María, abraza á tu protectora.

MARÍA (Desenvuelta.) Con mucho gusto. ¡Mil veces he deseado conocerla cuando estábamos en el colegio de Madrid... y jamás lo logré!

D.ª LUISA (Pausa. Se queda mirándola.) ¡Qué hermosa es! ¿Verdad? (A todos.)

PETRA No la hagas ruborizarse...

D.ª LUISA (Abraza á María llorando.) ¡¡¡Hija mía!!!... ¡Dispensad! (A todos.)

ELENA (Sorprendida.) ¿Llora usted?

ENRIQUE ¡Cómo!

D.ª LUISA No es nada... un recuerdo triste. Esta niña nació casi en mis brazos, ¿verdad, Petra? Nació cuando me daban la noticia del suicidio de mi esposo; ¡ya veis que el recuerdo no es grato! (Procura reponerse.)

TOMÁS Al cabo de los años, ya te se podían haber curáo esas tristezas.

PETRA Olvídalo todo. Hoy es día de júbilo.

D.ª LUISA María... hija... (se sienta agobiada por la emoción.) Ven á mi lado... siempre he sentido por tí, desde aquel funesto día, un cariño intenso... ¡como el que tengo á Elena!

ELENA (Aparte; pensativa.) Aún más grande por lo visto. Conmigo no ha llorado nunca.

D.ª LUISA Los viejos empezamos á chochear.

TOMÁS Eso no reza conmigo.

ENRIQUE Olvidemos, como ha dicho Doña Petra.

D.ª LUISA No; quiero que sepa esta niña la razón de mi cariño. La historia es corta, no me faltará valor para referirla. (Todos la rodean.) Cuando hace veinte años dejé en esta casa á mi esposo, Petra me acompañó dejando al suyo porque así lo exigí. La melancolía que se había apoderado de mi pobre Martín me hacía temer no sé qué desenlaces funestos. Petra iba á ser madre... ¡yo lo iba á ser también! Una noche ¡aciaga noche! paró á la puerta de mi casa de Madrid un ginete, y oí fuertes aldabonazos que indicaban gran prisa en el que venía. Abrieron... ¡y Petra se halló en presencia de su marido, y yo oí de boca de él, dichas sin concierto, sin meditación, sin conciencia acaso de lo que decía, estas horribles palabras: «El señor Martín ha muerto ahogado... en el Adaja...» (Señalando á la galería.) ¡Se arrojó por ahí... por ahí... al remolino!

ENRIQUE ¡Historia triste!

TOMÁS (Lloroso.) Historia... que aún me apena... ¡pobre hermano mío!

D.ª LUISA La nueva fatal me produjo una crisis nerviosa, por fortuna muy pasajera... ¡volví de mi letargo, y encontré á Petrilla tendida en otro lecho... En aquel momento nacía esa niña... ¡He aquí cuál es la causa de mi afecto hacia ella... porque la desgracia estrecha más y más los vínculos de la amistad.

ELENA (Agitada.) ¡Dejemos esa conversación, tía: me apenan tanto esos recuerdos!...

D.ª LUISA (Abrazando á María.) ¡Pobre María!

PETRA (A D.ª Luisa) No pienses más que en la dicha presente.

(Suenan las campanadas y el repique que en los pueblos indican el mediodía. Entran Sebastián, Antonio y Paca.)

TOMÁS Las doce. ¡Dios sea alabado! (Descúbrense todos.)

ENRIQUE (A Elena, viéndola estremecerse y palidecer.) ¿Qué tienes, Elena?

ELENA (Asustada.) No sé... Me hace daño este ambiente...

TOMÁS ¡Ave María! (Descubierto como Enrique: las mujeres de rodillas, excepto las que se dirán.)

CUADRO

Enrique y Elena en primer término. D.ª Luisa en el medio, sin arrodillarse, ni María que estará á su lado. Tomás á la derecha, cerca de los novios. Paca y Sebastián al fondo. Antonio junto á Petra; ésta arrodillada.

TELÓN PAUSADO

ACTO SEGUNDO

Jardín y huerta en casa del señor Tomás. Al fondo se verá el horizonte del río encajonado entre árboles: á la derecha un ámplio emparrado y puerta de entrada á la casa. Bajo este emparrado se colocará una mesa con botellas, dulces, jarros de vino, copas, etc.; sillas dentro del emparrado y á la izquierda, donde se colocará un pequeño velador. Bastidores de árboles á derecha, segundo término, é izquierda; en el centro macizos de árboles. Al levantarse el telón aparecerán en primer término, formando grupo aparte, Elena y Enrique. Más retirados Doña Luisa, Doña Petra y María. Sebastián y Paca al fondo entre los mozos. Los que formen la rondalla beberán vino y tomarán dulces. El señor Tomás los servirá, yendo de un lado para otro y haciendo los honores de la casa.

ESCENA PRIMERA

ELENA Y ENRIQUE, DOÑA LUISA, DOÑA PETRA Y MARÍA, SEBASTIÁN Y PACA, TOMÁS, MOZOS 1.º Y 2.º, MOZOS

MOZO 1.º ¡Vivan los novios!
TODOS (Echando las gorras al alto.) ¡Vivan!
MOZO 2.º ¡Viva el señor Tomás!
TODOS ¡Vivaa!
D.ª LUISA (A D.ª Petra.) Me aturde este barullo.
PETRA (A D.ª Luisa.) A tí no te vitorean estos bárbaros. Se conoce que no saben á quién deben el pan.
D.ª LUISA ¡Es claro! Casi nunca me vieron en la villa.
TOMÁS ¡Bebed, muchachos, bebed sin tasa. Hasta

que la cuba se agote! Os aseguro que no me cabe el gozo en el cuerpo.

D.ª LUISA (Aparte á Tomás.) Tomás, es preciso que hablemos.

TOMÁS (Aparte á D.ª Luisa.) Cuando despache á los muchachos. A estos no se les pué faltar. Tomarían á ofensa el desvío.

MOZO 1.º ¡Música, música!

MOZO 2.º (Tocando los hierros.) Aguardaisus. Sin mojar el gaznate no se pué tocar ¿sabís?

MOZO 1.º Pa lo que tú tocas!...

MOZO 2.º Pos es como si llevara la batuta: y además entono las coplas. ¿Te paice poco?

ELENA ¡Que hermosa tarde, Enrique mío! Parece que la primavera se ha adelantado para presenciar nuestras bodas.

ENRIQUE Cierto es; hasta los árboles nos brindan las primicias de sus galas.

ELENA Estoy encantada de estos pobres muchachos.

ENRIQUE Y yo. Jamás creí que se gozara tanto con tan sencillos regocijos.

SEBASTIÁN (Intentando abrazar á Paca.) ¡Ay, que se me van las manos!

PACA ¡Bruto!

MOZO 1.º Orden; se prohibe jugar á los maríos.

PACA (A Sebastián.) ¡Bruto, más que bruto!

SEBASTIÁN Ya te lo iré de misas en cuanto venga mi padre.

D.ª LUISA (A Petra.) Y le has dicho?...

PETRA Que le esperas aquí. ¡No tardará mucho!

TOMÁS (Despidiendo á los mozos.) Ea, hijos; á bailar y que reine por toas partes la alegría.

MOZO 1.º (Disponiéndose á marchar con sus compañeros.) ¡Vivan los novios!

TODOS ¡Vivaan!

D.ª LUISA (A Petra.) Aleja á los demás. Necesito estar sola si he de realizar mis planes.

MOZO 2.º ¡Al baile! (Vánse los mozos y la rondalla tocando muy piano por la izquierda.)

SEBASTIÁN (A Paca.) Daca el brazo, cacho é gloria.

PACA (Agarrándose del brazo de Sebastián.) ¡Vamos! (Vánse por la izquierda.)

TOMÁS (A Enrique y Elena.) Y vosotros no vais?

ENRIQUE Claro es; no faltaba más.

MARÍA ¿Vienes, madre? Van á poner el baile en la praderilla.

PETRA No, quédate. Yo acompañaré á Elena.

MOZO 1.º (Desde dentro. Música y copla.)

Este mundo está plagao
de dolores y de risas,
por eso vienen las penas
rigüeltas con alegrías.

ELENA (Con ansiedad.) ¿Oyes, Enrique?

ENRIQUE (Riendo.) Es la poesía popular que se desata. (A Tomás.) ¿Viene usted, padre? (A D.ª Luisa.) ¿Y usted, tía?

D.ª LUISA Ahora vamos. (Vánse Enrique, Elena y D.ª Petra. El señor Tomás también sale llevando jarros de vino para los mozos, por la izquierda.)

ESCENA II

DOÑA LUISA Y MARÍA

MARÍA (Sollozando.) ¡Madre! ¡madre mía! La ira me ahoga: el dolor me mata...

D.ª LUISA ¡Imprudente!

MARÍA No temas; están demasiado entretenidos; puedo al fin depositar en tí todas mis angustias, todos mis pesares. ¡Se casa! ¡se casa!... ¡Que infeliz soy!

D.ª LUISA ¡Qué dices! ¡Oh, no digas eso; no me atormentes, María; no me mates! ¿A qué viene esa desesperación?

MARÍA ¿Y me lo preguntas? Mañana serán esposos; mañana me habrá robado esa... infeliz (Por Elena.) el cariño que tú reservabas para mí... (Llorando.) ¡todas mis esperanzas habrán concluido con el nuevo día!

D.ª LUISA ¿Y eso es lo que temes? (Tratando de consolarla.) ¡Pobrecilla! Ignoras que aún falta mucho, pero mucho, para que logren su propósito.

MARÍA ¡Pero si es mañana!

D.ª LUISA No temas. Estoy yo aquí y te amparo con mi suprema voluntad. (Con decisión.) Te juro que no llegará ese mañana al que tanto temes.

MARÍA (Dudando.) ¡Por Dios, no me des esperanzas vanas!

D.ª LUISA No es vano nada de cuanto pienso, María. Confía en mí... Déjame hacer y luego tú lo verás!

MARÍA (Serenándose y confiada.) Pues bien, madre, en tí cifro mi esperanza; de tí pende mi vida. O Enrique ó la muerte.

D.ª LUISA (Con sobresalto.) ¡Desgraciada!

MARÍA (Con resolución.) Lo he jurado.

D.ª LUISA (Suplicante.) ¡Ah, no jures... no jures, porque me arrancas una á una las fibras del alma, y secas mis venas y hielas mi sangre. Yo te prometo que venceré.

MARÍA Es que...

D.ª LUISA (Viendo á Tomás.) Silencio. Vete. (Váse María por la izquierda.)

ESCENA III

DOÑA LUISA Y TOMÁS

TOMÁS (Entrando.) No se cansan de beber... ¡Güenos van á salir de la fiesta!

D.ª LUISA (Viendo que el señor Tomás se dispone á llevar más jarros de vino á los mozos.) Un momento, Tomás. Hablemos; toma asiento.

TOMÁS Si se trata de cuentas, entremos en casa.

D.ª LUISA Después me las darás: jamás dudé de tu administración. El asunto es más importante.

TOMÁS (Asombrado.) ¿Más? Pus como no te expliques no lo entiendo.

D.ª LUISA Debo de darte quejas, Tomás; quejas harto amargas porque tu comportamiento conmigo no lo esperaba.

TOMÁS Ati cuenta que no he entendío la monserga. Como no lo cantes más claro...

D.ª LUISA Eres incorregible. Claro voy á hablarte si me prometes no tomar por intención maligna lo que sólo es deseo de haceros felices á todos. La boda de Elena...

TOMÁS (Con ironía.) ¡Ah, vamos, sí! Es de mi hija de quien se trata. Me lo había figurao, y ¡miá tú lo que son las cosas! Yo creí que de ese negocio sólo pudíamos hablá ella y yo.

D.ª LUISA (Con cariño.) ¡Siempre consultaste conmigo todos los asuntos! Ahora no lo has hecho.

TOMÁS Porque no había neseciá. Los negocios de interés puén consultarse; los del corazón no. ¿Acaso voy yo á llamar al vecino pá que venga á icirme cómo he de casá á mi hija?

D.ª LUISA (Ofendida.) ¡Oh, pero á tu hermana!...

TOMÁS Tú, eres tú, y tiés los mesmos cariños míos, los mesmos sentimientos míos y quiés la feliciá de Lena...

D.ª LUISA En cuanto á eso... ¡sí! Daría gustosa mi vida por asegurársela.

TOMÁS Entonces ¿á qué consultálo?

D.ª LUISA Pudiera haber motivos para impedir ese enlace.

TOMÁS ¡Gordos hubián de ser pá que yo los acetára.

D.ª LUISA (Transición.) Enrique no conviene á tu hija.

TOMÁS (Sorprendido.) ¿Qué has dicho? A ver, ripítelo, ripítelo, que me empape tóo de lo dicho; que lo oiga otra vez; que lo saborée...

D.ª LUISA Enrique puede tener contraidos compromisos; es hombre de mundo... ¡quién sabe si irá á causar la desgracia de tu hija!...

TOMÁS No lo creo, Luisa; es franco, es noble, es honráo... ¡á menos que pruebes tú otra cosa!

D.ª LUISA (Resuelta.) ¿Y si lo probase?

TOMÁS Si lo probases... (Con amargura.) ¡Oh, probe Lena mía! No lo intentes siquiá, Luisa... no lo intentes. No quió verla morir desesperá... ¡probe hija mía!

D.ª LUISA Es cierto, sí; su dolor habría de ser grande, pero es más terrible el lazo que une para siempre á una joven buena, sencilla, enamorada, con un hombre gastado en las luchas del mundo; con un hombre que no puede amar porque ha distribuido su corazón antes de ahora entre otras pobres muchachas. ¿Me entiendes?

TOMÁS Demasiáo, Luisa, pero... (transición) ¡miá lo que son las cosas! no te creo.

D.ª LUISA ¿No?

TOMÁS No. Me acostumbré contigo á tóas las argucias del mundo. Ma cuerdo que el probe Martín me icía: Es buena, pero es cortesana; ha nacío entre el fingir... ¡y no quió recordar tóo lo que icía mi hermano!

D.ª LUISA ¡Recuerdas lo que más siento! ¡Traes á mi memoria todos los dolores, todas las angustias!...

TOMÁS A caa cual lo suyo. Tú me has traío rigüelto en ese mormurar de Enrique... acaso la sospecha, acaso la desgracia... (con tono amenazador) y no soy de los que se paran en el camino, Luisa.

D.ª LUISA Pero desgraciado, ¿olvidas que sólo pienso en el porvenir de la pobre Elena?

TOMÁS Más pienso yo, y por eso no cedo. ¿Qué alanto con desapartar á Lena de tu ahijao?

¿Puéo yo mandar en lo que Lena siente drento del alma, mu adrento?

D.ª LUISA Puedes vigilar como padre; puedes impedir el matrimonio.

TOMÁS Pus bien (levantándose) eso... eso hay que pensálo.

D.ª LUISA Tú no le conoces á Enrique.

TOMÁS Tanto como á tí, Luisa, tanto como á otros; y puesto que sostienes ese caráter y me pides un imposible, yo te igo: no lo esperes. Yo no pueo ir contra los deseos de mi hija.

D.ª LUISA ¿Esa es la amistad que me tenías?

TOMÁS Esa, y gracias; porque es primero ella, ¿lo sabes? ella... ¡anque dimpués venga el infierno con tóos sus dolores!

(Se oye á lo lejos la jota. Aparecen Enrique y Elena y callan ambos interlocutores temiendo que aquellos hayan sospechado de lo que se trata.)

ESCENA IV

DICHOS Y ELENA Y ENRIQUE

ENRIQUE ¡Me lo figuraba! Ahí les tienes tan engolfados en su conversación.

ELENA Lo menos que merecen es una reprimenda. (Acercándose á D.ª Luisa y al señor Tomás.) ¡Alto ahí! ¡se acabaron los cabildeos!

D.ª LUISA ¡Elena! (sospechando que hayan oido algo del diálogo.)

ENRIQUE Volvemos á buscarles porque nos encontramos solos á pesar de tanto acompañamiento. (A Tomás.) Elena sin tenerle á usted á su lado no está satisfecha.

ELENA ¿Tan grave era lo que hablaban ustedes que así les ha sorprendido nuestra llegada?

TOMÁS ¡Quiá! Si hablábamos de las tierras que me ha pedío Antonio. Y la verdá es que tié razón éste (por Enrique.) Estoy faltando á las comenencias del día.

D.ª LUISA (Aparte con rabia.) ¡Todo se vuelve contra mí!

ELENA Los convidados preguntan por usted: todos quieren saludar á mi tía; felicitarnos.

TOMÁS ¡Es natural! Pero no te dé cudiao, ahora voy yo y verás como se anima tóo. (A D.ª Luisa aparte.) Ni una palabra de cuanto hemos hablao.

D.ª LUISA. (Aparte á Tomás.) Descuida. (Aparte á Enrique.) Ven dentro de un momento. Te aguardo á tí sólo... ¿lo oyes?

ENRIQUE (Aparte á D.ª Luisa y sorprendido.) A mí?

D.ª LUISA (A Elena, tomándola el brazo.) Ahora vamos á ver el baile. (Vánse todos por la izquierda.)

ESCENA V

PACA, ANTONIO Y SEBASTIÁN (por la derecha, segundo término.)

PACA ¡A mí no me embauca usted, por mucho que haga, señor Antonio! Yo le quiero á Sebastián... pero no tanto que no mire el porvenir y me avenga á casarme como una hospi ciana.

SEBASTIÁN ¡Hespiciana, hespiciana! Miá tú que ser de santo tié memoles.

PACA Pelón, cállate.

SEBASTIÁN ¿Y si no quió calláme? Pos qué ¿ésta presonilla no vale náa, ni tié semilitud y carecimiento?

ANTONIO Mi hijo, Paca, te lleva como cosa de tres mil piés de majuelo y sobre seis obráas de tierra abarbecháas. ¿Y te paice poco?

PACA En cambio yo llevo siete mil reales ahorrados desde que estuve en Madrid hasta la presente. Sin contar con que lo que me dén el señorito Enrique y la señorita Elena no será despreciable.

SEBASTIÁN Yo no quió náa ¿sabes? Náa más que tu cuerpecillo como mieles y tus ojazos como áscuas y tus carrillicos como mapolas ¿sabes? Y te cojo y te riviento sinó acedes... ó me tiro de cabeza pol puente abajo.

ANTONIO No igas esas cosazas, hijo, que se me pone el corazón como una almendrilla de las pequeñas.

SEBASTIÁN (Aparte.) No, si lo igo pa convencela. (A Paca con zalamerías.) ¡Amos, Paquirrina!

PACA No hay nada de lo dicho sinó llevamos nosotros las tierras de la señora.

ANTONIO Vaya, pus pon la metá pá cáa parte y que no haiga más aquel. ¿Está decidío?

PACA ¡Siempre se ha de quedar usted con carne entre las uñas!

SEBASTIÁN ¡Si las tié cortáas de hace tres domingos! Miá Paca, me dás mieles con esa conformiá. Esta noche ti voy á dar la primer ronda de la villa.

PACA Poco á poco, hombre; no te dé tanta calentura. Es preciso que los señoritos sepan lo convenido.

ANTONIO ¡Claro!

PACA Y que me dén permiso para el casorio.

SEBASTIÁN ¡Natural!

PACA Y que me dén los cuartos... y lo que ellos quieran.

ANTONIO ¡Por supuesto! Que no se olvíe el dinero ¿eh? ¡Paño, y poca falta que mus va á hacer!

SEBASTIÁN Yo no quió dinero. Te lo he repitío lo menos treinta veces!

PACA ¡Vamos á ver á los señoritos!

ANTONIO Aguarda. Pudiá ser mu malo hablales ahora. Ellos tién bastante con el trajín de la bulla.

PACA (A Antonio.) Usted debe ser el encargado de pedir mi blanca mano.

SEBASTIÁN ¡Ti comía!... (Intenta abrazarla.)

PACA (Rechazándole.) ¡Bárbaro!

ANTONIO Basta de bobáas, Bastián. Digo que es mala tarde pá habláles... porque...

PACA ¿Por qué, vamos á ver?

ANTONIO (Con misterio.) Porque Tomás está regustao. Me paice que ha reñío con la señora.

SEBASTIÁN ¡Y pué que sea verdá!

PACA Sois unos embusteros de primera. ¡Cualquiera se fía de vosotros!

ANTONIO Ea, ¿hacemos eso, sí, ú no?

D.ª LUISA (Dentro.) ¡Antonio!

SEBASTIÁN La señora...

PACA (Con disgusto.) No podía venir más á destiempo.

ANTONIO Hay que dejálo tóo; esperáime en el cenaor grande.

D.ª LUISA (Dentro.) ¡Antonio!

ANTONIO ¡Señora! Estoy aquí. (á Paca y Sebastián.) Idos. (Paca y Sebastián se ocultan entre los árboles.)

ESCENA VI

ANTONIO Y DOÑA LUISA

D.ª LUISA Te dije que esperases en el cenador.

ANTONIO Me ha parecío este sitio más sólido.

D.ª LUISA Sí, y más expuesto á que nos oigan. Por no dar sospechas no te he dicho que subieras á mi cuarto.

ANTONIO Tomás está ahora entretuvío...

D.ª LUISA Acabemos. Es preciso que te vayas, Antonio.

ANTONIO ¡Señora! (Disgustado.)

D.ª LUISA Pongo á tu disposición mis cortijos de Valencia, y no estaré tranquila hasta verte lejos de Arévalo.

ANTONIO ¿Teme la señora que yo falte?...

D.ª LUISA Lo temo todo. Tengo miedo hasta de mí misma.

ANTONIO Pero, señora, alejáme hoy de aquí, cuando voy á colocá á mi Bastián.

D.ª LUISA Eso no. Irás á Valencia con tu hijo.

ANTONIO ¿Cómo?

D.ª LUISA Como te lo digo.

ANTONIO ¡Señora! Bastián va á casáse con Paca.

D.ª LUISA No se casará. Desaparecereis los dos. Tú me recuerdas el pasado, Antonio; tú sabes toda mi historia; tú no puedes estar al lado de Tomás y Enrique. ¡Si ellos llegaran á saber!...

ANTONIO ¡Ah!...

D.ª LUISA (Cogiéndole una mano.) ¿Te decides?

ANTONIO Nada digo, señora. (Con reserva.) Haré lo sinfinito pá servila... pero á náa me comprometo; se entiende.

D.ª LUISA Sobre todo te exijo el silencio; mucho silencio. Depende de tí, acaso, mi ruina.

ANTONIO He sío una tumba. Continuaré siéndolo... ¡si Dios quiere!

D.ª LUISA Te cojo la palabra, y sé que irás á Valencia; te lo mando... ¡ya sabes que tengo en mis manos tu perdición, como tú tienes la mía. (Mútis por la puerta de la casa. Antonio la vé marchar y se muestra cada vez más agitado.)

ESCENA VII

ANTONIO (sentándose bajo el emparrado junto á una mesa.)

ANTONIO ¡Marcháme... abandonar este rinconcico donde tengo mis probes muertos! ¡Negáme ella, ella, que tanto me debe, la hacienda con que yo soñaba pá pasar mi vejez al lao de Bastián. ¿Qué creerá esa mujer que semos los

criáos? ¿Se pué mandá así en uno, cuando uno pué icir cuanto sabe?

Páice que la veo, cuando me pedía, de rodillas, que abriese la puerta esa que da á la ronda. El amante arriba, asustao de su propia obra... el marío abajo, roendo toos los horrores de los celos. Ella dominando al probe Martín. El con la sospecha adrento, y el ojo avizor, y el alma perdía. ¡Ah, qué ingrato fuí con el probe! Yo protegí aquellas diabluras, yo dejé que el amante escapara... que la honra quedase perdía, ¡yo tuve la culpa de la muerte!... ¡porque el probe Martín se mató al sabélo!

Y en pago de tóo ¿qué? Que me largue á otra tierra... que abandone á mi pueblo... que quite á mi hijo la probeza que aquí hamos juntao... ¡No, eso no! (Con energía.)

Si yo dijera... ¡esa mujer que pasa por hija de Petra es el fruto maldecío de aquel crimen! Si yo dijera: este dechao de vertú es una... una, que engañó á su marío, que robó á un desgraciao, ¡ah, entonces pué que me descansara la concencia... (decidido) ¿y por qué no? Ella tié pruebas contra mí, pero no importa. Yo iré á presidio... (con profundo rencor) ¡pero ella!

Antes que alejáme del probe peazo de tierra que me vió nacer... antes de tóo eso... ¡Vamos, antes que tóo eso, vale la pena de pensálo... y los hombres como yo piensan una cosa y la hacen!...

ESCENA VIII

DICHO Y ENRIQUE

ENRIQUE ¡Hola, ¿estás tú ahí?

ANTONIO Sí señor; me he liao con este jarrillo de lo tinto, pa ver si la cojía.

ENRIQUE ¿Cojerla?... eso no es decente Antonio... ¡y á tus años!

ANTONIO ¡Anda, anda! Nunca mejó que á mi edá pá querer el traguillo... Hay cosas que se quean aquí señorito... (En la garganta.) ¡aquí!... Y sólo pasan con esto. (Bebe.)

ENRIQUE Vamos, tú eres partidario de que las penas...

ANTONIO Se ahogan con vino. Dicen que Noé inventó la viña ú cosa así. Miste, Noé debía pasar muchos desgustos.

ENRIQUE No hables de lo que no entiendes ¿sabes tú quien fué Noé?

ANTONIO ¡Qué se yo! El que se salvó del diluvio... ¡anque tenía sobra de agua buscó vino!... ¡Cuando igo que el hombre era mu desgraciao!

ENRIQUE Veo que has aprovechado la fiesta.

ANTONIO Y tanto: como que he ajustao todos los débitos que tenía aquí drento.

ENRIQUE ¿Y no sabes si está por ahí la señora?

ANTONIO ¿La señora? Más valía que no estuviera: ¡Pá lo que á uno le sirve!...

ENRIQUE ¿Qué dices?

ANTONIO (Conmovido.) Digo que no tenga usté mu en el alma á su madrina. Digo que no se descudie... y digo... (Transición.) que no quiero hablar más... (Váse.) ¡Adios señorito!

ENRIQUE Pero oye... mastuerzo... ¡Eh!... ¡Nada! como si no le hubiera llamado. A este pobre se le ha subido el refresco á la cabeza... ¡y cuidado, que la limonada no tiene poco agua! ¡Qué hubiera sido si le damos el vino puro!

ESCENA IX

ENRIQUE, ELENA Y MARÍA (éstas cogidas del brazo.)

ELENA Te escapaste de nuestro lado y hemos venido en tu busca ¿qué haces aquí?

ENRIQUE Riéndome de las cosas que se les ocurren á los viejos. El pobre Antonio tiene un traguillo de más y anda dándole vueltas... ¿á qué direis? ¡á la historia sagrada!

MARÍA Fué siempre muy amigo de las historias. A mí me ha referido más de dos que no tienen nada de edificantes.

ELENA ¡Hablas de un modo! Cualquiera diría que te gustan las cosas santas.

MARÍA Eso sí; aunque, para que lo sepas te diré que no hacen mi felicidad: la religión la cohibe á una... la impide gozar, divertirse... por eso me marché del Colegio.

ENRIQUE Tú no fuiste muy buena educanda. Siempre se lo he oido á mi madrina.

MARÍA (Con intención.) Pues, mira; puede que no falte quien tenga la culpa de mi desaplicación ¿no es verdad Elena?

ELENA Yo no sé hija. ¿Acaso tienes novio en Arévalo?

MARÍA ¡A veces sí, y á veces no! Ahora por ejemplo... le tengo. (Dirigiéndose á Enrique.)

ENRIQUE (Indiferente.) ¡Hola! pues hija aprovecha la ocasión.

MARÍA A eso vamos; á ver si consigo rendirle.

PETRA No te querrá mucho cuando tales empeños pones en alcanzar su amor. El hombre que quiere no huye... ¿Es cierto Enrique?

ENRIQUE Es cierto. Sólo que algunos después de que quieren se alejan. Es una huida vergonzosa, ya lo sé, pero ¡qué quieres! todos no somos iguales!

MARÍA (Con calor.) El mío fué más villano que todo eso, Elena. Cifré en él mis esperanzas, mi ventura, y él huyó cuando me parecía más sonriente el cielo de mi felicidad.

ELENA ¿Eso hizo? ¡Qué engaño!

MARÍA Sí querida; después de obligarme á salir del Colegio, valiéndose de argucias... cuando yo creía que se acercaba el momento de nuestro enlace, huyó de Madrid y no le volví á ver hasta ahora... ¡hasta que la casualidad nos coloca el uno enfrente del otro!

ENRIQUE Hay muchas historias de ese género.

MARÍA Pues de ese género son las de que Antonio habla... y ¡álguien más que Antonio!

ELENA Es decir que te abandonó!

MARÍA Sí, hija, sí; como lo oyes. La fortuna para mí fué que mi madre evitó á tiempo otra cosa peor... porque yo estaba entonces completamente *chiflada*.

ELENA (Sorprendida: á Enrique aparte.) Qué modo de hablar.

ENRIQUE (Aparte á Elena.) Madrileño puro. No la hagas caso: la pobre siempre fué una tontuela.

MARÍA Pero he jurado que no ha de reirse de mí... no; y ahora repito el juramento. Yo sabré cómo vencerle.

ENRIQUE Celebraremos que así sea... y que te cases pronto.

MARÍA (Con ironía.) ¡Pronto, sí, muy pronto: acaso antes que vosotros! (Váse.)

ESCENA X

ENRIQUE Y ELENA, luego TOMÁS, MOZOS 1.º y 2.º

Y ACOMPAÑAMIENTO

ELENA ¿Lo oyes? Se burla...

ENRIQUE Tiene mal humor, Elena. El humor de todas las muchachas que no encuentran marido.

ELENA (Preocupada.) ¡He notado que te miraba de un modo! ¡Guarda cierta simpatía hacia tí!...

ENRIQUE ¿Simpatía? La tuvo siempre para todo el mundo. Eso dicen

ELENA Diríase que te quiere.

ENRIQUE ¿Sí eh? Pudiera ser cierto; mira: yo la visitaba á menudo por encargo de mi madrina, y ella no me recibía con desinterés. En Madrid la acompañé, yendo con su madre, en varias ocasiones, y hasta tuve con ella galanterías propias de una amistad leal. Pero no creo que tales causas la autoricen á tomarme como su admirador, ó mejor dicho su novio.

ELENA He adivinado todo eso, Enrique, y no lo dudes, esa mujer pensó en tí... ¡qué digo! piensa en tí ahora mismo, cuando ya te vé próximo á nuestro enlace.

ENRIQUE (Riendo.) Déjame que me ría!

ELENA ¡Oh, no lo tomes á broma. Sólo necesito ver el efecto que mi presencia la produce para abarcar todas sus ideas. Sí, Enrique... sí (Asustada.) ¡y bien sabe Dios que esa mujer me produce inexplicables tormentos.

ENRIQUE ¡Cómo, Elena!... ¿serías capaz de creer... un desatino? Por Dios, eres una niña, una infelizota... (Ríe.) ¡deja, deja que celebre la ocurrencia.

ELENA Ríete, sí, ríete de mí, pero... tenme compasión. Cuando se quiere mucho como yo te quiero se teme á todo.

ENRIQUE (En broma.) ¡Casi me dán intenciones de no casarme. Ya ves si tendré horror á tus temores!

ELENA (Suplicante.) ¡No lo digas!... ¡Qué cruel! ¿No ves que tiemblo ante esa amenaza?

ENRIQUE ¡Pobrecilla! Desecha puerilidades vanas ¡angel mío! Lo que no pudieron hacer encumbradas bellezas de la corte ¿iba á hacerlo

esa pobre muchacha? ¡Pobre nena! Te perdono porque cuantas más pruebas recibo de tu amor más se enciende el mío y más me avasalla. .

MOZOS (Dentro.) ¡La jota, la jota! (Música.)

MOZO 1.º (Dentro.) Hay que traer á la novia pá que salga al corro con el señor Tomás.

ELENA ¿Qué dicen?

ENRIQUE Vienen hacia aquí. No se cansan de dar guerra.

MOZO 2.º (Saliendo.) Lo hemos decidío... no hay que hacerse de rogar... ¡señorita! (Salen todos los mozos: Traen cogido á Tomás y rodean á Elena instándola á que les siga.)

TOMÁS ¡Dejáime!... no estoy de humor pá bailes... ¡he icho que me dejeis!

MOZO 1.º (Suplicando.) ¡Convénzale usted, señorita!

MOZO 2.º Es costumbre; no hay remedio.

ELENA Pero si mi padre no quiere...

MOZO 1.º La última copla tién que bailála el padre del contraente con la novia: y como el señor Enrique no tié padre ¡es claro! hará su vez el señor Tomás.

TOMÁS ¡Sois el diablo!

ELENA (Decidida.) Pues no se hable más: que toquen la jota.

MOZOS Eso... eso... ¡al corro!

ELENA (A Enrique.) Espérame.

ENRIQUE No tardes. (Vánse Elena, Tomás y los mozos por la izquierda; se oye el preludio de la jota).

ESCENA XI

ENRIQUE Y DOÑA LUISA

D.ª LUISA ¡Al fin viniste! Necesitaba hablarte con urgencia.

ENRIQUE ¿Usted?

D.ª LUISA Sí... darte esa carta que te escribía... y te he anunciado antes. (Se la entrega.)

ENRIQUE ¡Si es tan urgente! (La abre.)

D.ª LUISA Ahí la tienes (sentándose) Siéntate y léela con calma: tú me dirás luego qué te parece.

ENRIQUE (Se sienta y lee.) ¡Y era esto todo lo que no podría oir Elena!

D.ª LUISA ¡Oh, ya llegaremos á ello! Continúa...

ENRIQUE (Continúa la lectura: sorprendido.) ¡Cómo! ¡qué! ¡usted me propone!...

D.ª LUISA Tu felicidad, Enrique; tu felicidad á la que aspiré con todas mis energías.

ENRIQUE Oh, pero si mi felicidad está aquí, ¿por qué quiere usted apartarme de ella? ¿Qué he hecho yo para proponerme lo que más que premio parece castigo?

D.ª LUISA ¡Castigo! Sueñas, Enrique: estás anestesiado por ese amor: y has de saber que no todo es verdad en este mundo. ¿Crees firmemente en la sinceridad del cariño de Elena?

ENRIQUE Dudar de ella sería algo más que una traición, sería un crimen.

D.ª LUISA Porque no te has fijado en todos los detalles: tú eres mi hijo adoptivo, á tí ha de pasar mi fortuna con el tiempo; además tienes un gran nombre... ¡Y quién te dice, pobre hijo mío, que en ese amor no se mezclan las ambiciones propias: quién te dice que esa niña no aspira á otras cosas que no son el cariño purísimo con que tú la correspondes!

ENRIQUE No siga usted; no lo quiero oir... no manche su inocencia con la sospecha fría y brutal de ese mundo, que hiere con la palabra y mata con la calumnia. ¿Sabe usted lo que es ella? Un angel... más todavía. No encuentro ser divino á quien compararla no siendo á Dios.

D.ª LUISA Desgraciado, tanto la quieres.

ENRIQUE Con todo el alma: con una de esas pasiones que nacen en un minuto y duran la eternidad. Ahí tiene usted mi amor.

D.ª LUISA Pero si tu madre, la madre adoptiva que te ha amparado desde la infancia, la que te prodigó millones de besos en la cuna, la que suplió á la otra, á la verdadera, te dijese: mira lo que me debes; oye mi voz; yo te lo ruego, olvídala.

ENRIQUE No me proponga usted esa terrible elección, no quiera usted que mi cerebro salte en pedazos sacudido por la violencia de las pasiones.

D.ª LUISA Pues no obstante, te lo propongo. María te espera agonizante; María se muere; ¿á quién voy yo á preferir sino á María? ¡Qué me importa la otra! Ese enlace se hará, ¡yo lo quiero!

ENRIQUE (Con exaltación.) ¿Hacerse? ¡Nunca! ¿Sabe usted lo que me pide? ¿Sabe usted lo que vale este amor de mi Elena? ¡Si yo me alejara de su lado, si yo rompiese el compromiso contraido, ella se moriría, y yo!... ¡Yo no podría soportar el golpe!

D.ª LUISA Le resistirás. Lo he dispuesto, (amenazante) lo quiero, lo mando, lo impongo. O María, ó ninguna: ni de Elena ni de nadie.

ENRIQUE ¡Señora! ¡señora! No haga usted que suba á mi cabeza toda la ola de la desesperación; no me sepulte en un abismo de sombras; no rompa esta felicidad que me embriaga. ¡Renunciar á ella... á ella! Eso se dice muy bien cuando no se siente lo que late aquí. Eso es lógico cuando el corazón se halla marchito y las canas blanquean sobre el cráneo. Eso es una violencia, una infamia...

D.ª LUISA (Con furor.) ¡Ten cuidado! me insultas... ¡olvidas el pan que te dí... el nombre que te creé!

ENRIQUE ¡Hasta eso! (Con dolor: cae sentado sobre una silla.)

D.ª LUISA Eras muy pequeño cuando te encontraron mis criados en el arroyo. Hijo del vicio, de la orgía, acaso del crimen, no supe jamás de dónde venías, ni á dónde te habría de arrojar el destino. Despertaste en mí, por extraño capricho del acaso, un sentimiento inefable... un amor santo que yo debía á otros, un cariño que yo no podía echar á la calle, en plena luz del día sin que me señalara el mundo con el dedo... y te adopté, te llevé al bautismo, te crié... te hice hombre, después de haberte dado ese amor... maternal. Gracias á mí fuiste honrado, si se puede ser eso entre la maldita sociedad que en mi casa te rodeaba; gracias á mí te alzaste sobre todos; fuiste abogado de nota, político de talla, escritor insigne; todo cuanto la gloria dá, todo lo has tenido... hasta el oro. . hasta el porvenir que te brinda mi herencia... (Transición.) ¡Y á cambio de todo eso... ni me oyes ni me atiendes en el primer ruego que te dirijo!... ¡Oh! pues bien (con energía) las mujeres de mi clase, ni retroceden ni se apiadan. Elige: ó tu enlace con María ó la vergüenza que allá en Madrid te aguarda cuando yo diga: ese notable, ese ilustre, ese génio, ese fénix... es un hijo del arroyo... un

harapo, ¡nada! el despilfarro de una noche de borrachera entre una meretriz y un disoluto.

ENRIQUE (Descompuesto levantándose.) ¡Ah! Basta, basta. Sé de memoria todos los desastres de mi cuna, todos los horrores de mi suerte: ¡pero ni el pedazo de pan arrojado al pordiosero... ni el oro cedido al ahijado... ni el amor que dice usted me tenía, pueden dar derecho para ultrajar la memoria de aquellos á quienes debo el ser!... Rodeados de sombras... llenos de ignominia por boca de usted... son para mí sagrados... y si no mirase de quien viene el insulto... si no viera tras de esos ultrajes la pasión que se desata en tempestad horrible, yo destrozaría, yo aniquilaría á quien así me atormenta.

D.ª LUISA (Fingiendo dolor.) ¡Eso es! tras de la laceria la amenaza; encima del dolor el insulto... ¡Dios mío!

ENRIQUE (Extrañado.) ¡Y mienta á Dios!

D.ª LUISA (Con amor.) Oh, perdóname, perdóname Enrique. Esto es horrible, es el caos que me rodea; ¡hijo mío! ¡mi amado Enrique! ¡mi segundo hijo! óyeme, escucha! Esto es egoismo de amor, de amor maternal... de idolatría ciega... Yo te amo... mucho... mucho, tanto como una madre... y te encumbré, te dí gloria y honores... todo eso que has tenido y tienes en Madrid para que luego fuera compartido con ella... con María.

ENRIQUE ¡María... María!.. Siempre esa mujer! ¿Y por qué ella?

D.ª LUISA ¿Por qué?... porque es mi hija Enrique; mi hija idolatrada... ser infeliz nacido para no ver nunca el destello de amor maternal; desgraciada tanto como tú, ¡qué digo! más que tú, porque ella tiene una madre y no puede abrazarla.

ENRIQUE ¡Ficción horrenda! ¡delirio espantoso! ¿qué dice usted?

D.ª LUISA Esa pobre criatura á quien abracé llorando, no es hija de Petra... Es la mía, la mía... el fruto de un amor funesto.

ENRIQUE ¡Ah! (Anonadado.)

D.ª LUISA Calla, calla (En voz muy baja) estas confesiones sólo se hacen en la hora suprema de la muerte... ¡y como yo muero lejos de mi hija! como yo sin ella agoto mi existencia en

un mar de dolores... por eso quería uniros, llevaros á mi lado, haceros mis hijos, y morir junto á vosotros sin la negrura en el alma, sin la desesperación como único consuelo.

ENRIQUE ¡Qué grande es la mía! ¡Qué espantoso éste despertar!

D.ª LUISA Despierta sí... despierta y óyeme; rompe ese enlace, vámonos lejos... muy lejos... ¡apiádate de María que te adora! ¡de mí que te quiero!...

ENRIQUE Sí, ¡eso es! piedad para ella, para ellas, ¡y la otra!

D.ª LUISA Se olvidará pronto de su amor. Es una niña, ¡está ofuscada! ¡Ella puede encontrar otro hombre que la haga feliz...

ENRIQUE (Con explosión de horror.) No, ¡otro hombre! no... imposible ¡ni soñarlo!

D.ª LUISA ¿Qué dices?

ENRIQUE (Decidido.) Que no, ¡jamás! O ella ó la muerte.

D.ª LUISA Yo te lo ruego Enrique, hijo mío, renuncia á ese amor.

ENRIQUE No. (Empieza la jota.)

D.ª LUISA ¡Te lo pido de rodillas! (Arrodillada.)

ENRIQUE Madrina; no, alce usted; á mis brazos, aquí, sobre mi corazón, para que oiga cómo late agonizante, para que sienta el murmullo de lágrimas que acuden á mis ojos, para que me compadezca...

D.ª LUISA Oh, no, mi hija siempre! Enrique, ella es primero.

ENRIQUE Piedad, madrina; estoy loco, no sé qué ideas acuden á mi mente.

D.ª LUISA ¡Enrique!

ENRIQUE Rompa usted esos lazos que nos unían, haga trizas mi honor, abofetéeme, escarnézcame. Que mi nombre se despeñe desde la altura á que le puse, que la maledicencia me hunda en el infierno del mal, del desprecio, de la deshonra... ¡todo eso es menos que la muerte! ¡todo eso importa menos que renunciar á ella! (Se oye la jota más cerca.)

D.ª LUISA Vienen hacia aquí. Se acercan... Decídete pronto... es preciso... (Huye hacia la casa, quedándose á la puerta.)

ENRIQUE ¡Ah!... ¡que elija! ¡que me decida! pero... pero si esto no puede ser... si no es justiciero... ¡si es la muerte! (convulso.) ¡Oh, Dios mío, Dios mío!... De un lado su amor... de

otro mi gratitud... el derecho de ella que me hizo su hijo, que me recogió de la calle... ¡no, imposible!... sólo cabe un recurso... huir, huir para siempre... ¡pero cómo!

ESCENA ÚLTIMA

TODOS; (la orquesta continúa entre bastidores.)

MOZO 1.º ¡A echar el último trago!
MOZO 2.º ¡Y la última copla!
MOZOS Eso es, eso es... ¡Y vivan los novios!
ELENA Se acabó; ya he cumplido con vuestros deseos.
TOMÁS Dejáime, ea.
ENRIQUE (Vacilando.) ¡Oh!
ELENA (Asustada.) ¡Qué tienes! estás demudado... ¡lívido! ¡qué te pasa!
TOMÁS (Asustado.) ¡Enrique!
ENRIQUE (Desvanecido.) Perdonad... ¡no sé!... ¡un mareo! ¡acaso el exceso de felicidad!
ELENA (Cogiéndole las manos.) No, (llorando) tu voz tiembla... tu mirada se extravía...
MOZO 2.º (Canta dentro.)

Este mundo está plagao
de dolores y de risas...
¡por eso vienen las penas
rigüeltas con alegrías!

ELENA ¡Enrique mío!
TOMÁS ¡Enrique!
ENRIQUE (Resuelto.) Adios... la copla esa tiene razón. (Huye.) Es la poesía popular que mata... que destroza...
ELENA ¿A dónde vas? No huyas... ¡Enrique!
ANTONIO ¡Ah! es ella... es su mano... que destroza cuanto toca... ¡pues bien, no irá sólo! (Sigue á Enrique.)

(D.ª Luisa sigue á Antonio tratando de detenerle: se oyen los últimos acordes de la jota: Elena cae desmayada en los brazos de su padre.)

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Lumbre en el hogar.

ESCENA PRIMERA

SEBASTIÁN Y PACA (por la segunda puerta, derecha.)

SEBASTIÁN (Entrando por el foro.) ¡Güena la amos hecho! El señorito no páice por nenguna parte.

PACA (Adelantando hacia Sebastián.) ¿Le has buscado bien?

SEBASTIÁN ¡Toma! ¡Hasta he miráo en el río por un por si acaso! ¡Miá; tengo la aprensión de que ha hecho alguna barbariá!

PACA A tí no se te ocurren más que cosazas para asustarme. ¿Quién te ha dicho que el señorito no puede hallarse en Madrid?

SEBASTIÁN Calla, pus tiés razón. No había caío en ello. ¡Como tóo se pone tan enrevesáo desde hace un mes! ¿Y la señorita? ¿Se ha levantáo ya?

PACA Ahí está más muerta que viva. Ni habla, ni llora... ni se mueve. (Llorosa.) ¡Pobrecilla! Yo creo que, á pesar de cuanto dice el médico, no se salva.

SEBASTIÁN ¡Bah! Si el señorito golviera ¡ya verías!

PACA (Exaltada.) Esa mujer tiene la culpa de todo. Desbarató la boda, retrasó la nuestra y á todos nos hizo infelices. Si estuviera en mi mano, yo sabría vengarme.

SEBASTIÁN Ya icía yo que era mu mala. ¿Sabes lo que me ha dicío apenas llegó de Madrí antiyer?

PACA ¡Si no te explicas!...

SEBASTIÁN Pus me dijo que me juera á Valencia; que allí estaría como un préncipe, que me libraría de las quintas, y que si no la obedecía me mandaba á Cuba.

PACA ¡Corazón de hiena! Como ella es mala quiere que todos lo seamos.

SEBASTIÁN ¡Anda, y algunos ya lo semos! Ahí tiés el señorito.

PACA ¡Oh, no, yo no creo que el señorito sea como ella; como ella que después de herir se goza en el dolor de la pobre señorita. Yo creo que el señorito volverá.

SEBASTIÁN Sí, cuando se lo haya lleváo á tóo la trampa.

PACA ¿Y tu padre?

SEBASTIÁN Lo mesmo. Páice que se lo ha tragáo la tierra. Se jué tras el señorito, sin decir ni siquiá ¡hasta la güelta, y no ha güelto. ¡Probe; qué será de él! (Muy triste.)

PACA ¡Estás hoy más fúnebre!

SEBASTIÁN Tengo el corazón metío en un zapato dende que no poemos casános. ¡Paquirrona! Y daría algo güeno porque tóo se arreglara.

PACA Suceda lo que quiera, prométeme que seguirás siempre á los amos: que no harás nada sin que yo lo sepa.

SEBASTIÁN ¡Anda! ¿qué creibas? ¿que me iba á comprar la señora? Miá, Paca, si tú dices ¡agora! voy y la retuerzo el gañote como á un pollo.

ELENA (Desde dentro: voz débil.) ¡Paca!

PACA Cállate. ¡Voy, señorita! Que no se te suelte decir que no parece el señorito.

SEBASTIÁN ¡Descudia! (Mutis Paca.)

ESCENA II

SEBASTIÁN Y DOÑA LUISA (esta por el foro.)

SEBASTIÁN Güeno, pus anque Paca no lo iga, yo quió hacer mi santísma voluntá, ¡ea! O me ice esa mujer ónde está mi padre ó la echo al río de cabeza. ¡Leño! Se me ha puesto aquí (la cabeza) que le tiene al probe encerrao en su casa de la ciudá, ó quiziá, quiziá que lo ha matao de una paliza: ¡oh, y si eso juera cierto!...

D.ª LUISA (Entrando.) ¡Vete!

SEBASTIÁN (Con calma.) ¿Me ice usté á mí?

D.ª LUISA ¿A quién sinó se lo iba á decir?

SEBASTIÁN (Aparte.) (¡Echa, echa! ¡pus no está poco fosca la mujer! Aquí es la mía).

D.ª LUISA He dicho que te vayas.

SEBASTIÁN Ya lo he oido. No soy sordo. (Más calma.)

D.ª LUISA Pues lo pareces.

SEBASTIÁN Cuando es comeniente no ve uno lo que no ve, ni oye lo que no oye, pero, en cambio se aguza la maginación y se entera uno de tóo... ¿sabe usté? (Concluye con marcada ironía.)

D.ª LUISA ¡Insolente! ¿Qué quieres decir con eso? Eres de la misma casta que todos.

SEBASTIÁN ¡Quiá, no señora! Yo soy de la señora en una pieza... y si me manda roar...

D.ª LUISA (Variando de tono.) ¿Te has decidido á servirme?

SEBASTIÁN Pus es claro. Con una condición, señora: que sepa yo onde pára mi padre.

D.ª LUISA ¿Y si no lo supiera?

SEBASTIÁN (Con duda.) ¡Que nó!

D.ª LUISA No: le he buscado en vano, como vosotros buscais al señorito.

SEBASTIÁN ¡Hum, no lo creo!

D.ª LUISA Y bien, acabemos. A mí no me importa nada de tu padre. Lo que quiero es que te vayas á Valencia: acaso allí le encontrarás.

SEBASTIÁN Está mu bien: lo consultaré con Paca y...

D.ª LUISA (Impaciente.) Elige: ó á Valencia ó á Cuba.

SEBASTIÁN ¡Bah! Entoavía no he entrao en caja, ¿verdá usté? Y hasta entonces puéo hacer muchas cosas. Ya veremos.

ESCENA III

DOÑA LUISA, PETRA, SEBASTIÁN, luego PACA

PETRA (Por el foro.) ¡Buenos días! (Segunda derecha.)

D.ª LUISA ¡Petra! ¿Vienes de allá?

PETRA En este momento: y tengo que decirte muchas cosas.

D.ª LUISA (A Sebastián.) ¡Vete!

SEBASTIÁN Ya voy... (Ahora sabré yo tóo lo que esta bruja desembuche.) (Sale por el foro y se coloca de modo que pueda oir sin ser visto.)

D.ª LUISA (A Petra, con creciente agitación.) Habla, habla... ¡oh! te esperaba con la angustia en el alma

desde que me dijiste el estado en que se encuentra María.

PETRA ¡Pobrecilla! Alejada de aquí, víctima de la desesperación, sufre mucho. Tú no puedes saber las locuras que ha hecho por atraer á ese hombre, pero todas han sido vanas. Enrique la ha despreciado.

D.ª LUISA (Con rabia.) ¡Oh, y aún espero á realizar mi venganza, y aún vacilo cuando mi hija se muere!

PETRA Valor, Luisa; ahora es preciso que le tengas. Los enemigos te rodean; los servidores te venden.

D.ª LUISA (Reponiéndose.) Lo sé; y por eso lucho; por eso voy á arriesgar la última carta en este juego maldito, donde peligran la vida y la honra. Dime, ¿qué es de él?

PETRA Lo sabe todo.

D.ª LUISA ¡Oh! ¿Ha sabido?... (Abatida.)

PETRA Todos los detalles de su vida, hasta el punto de reunir cuantos documentos necesitaba (D.ª Luisa hace un movimiento de sorpresa) para reclamarte su fortuna.

D.ª LUISA (Con ira.) ¡Canalla! Pero ¡cómo, Dios mío, cómo ha logrado averiguar!...

PETRA Por Antonio, que se ha confesado culpable y él le ha perdonado. Entre los dos han reunido esas pruebas y acaban de llegar en el mismo tren en que yo he venido.

D.ª LUISA Estamos perdidas... perdidas...

PETRA Sí, si lo abandonas todo á la desesperación; no, si te defiendes; pero es preciso que sea pronto; pueden llegar de un momento á otro y...

D.ª LUISA Sí, eso es; hay que decidir pronto y con energía. Ven, no perdamos el tiempo (Saliendo por el foro.)

SEBASTIÁN ¡Ah, con que han venío; con que hay cosas mú sérias aquí! güeno, pus ahora... á callar, Bastián. No saldrá libre de mis uñas esa mujer... ¡Paca!

PACA ¿Llamabas?

SEBASTIÁN Sí; voy á casa de mi padre; pero güelvo enseguida. Te juro que tóo marcha mú retebién. Adios.

PACA Pero ¿sabes algo?

SEBASTIÁN (Desde el foro.) Aluego lo sabrás.

PACA ¡Oye! (gritando) ¡Sebastián! (corre á la puerta) Se ha ido. ¡Jesús, ocurrirá otra desgracia! Pero

no; él está muy contento. Me ha dicho que todo marcha bien... ¡daría cualquier cosa por averiguarlo!

ESCENA IV

PACA Y TOMÁS, (por la segunda puerta derecha.)

TOMÁS ¿Has cumplío mi encargo?

PACA Como usted dispuso. Sebastián llevó la carta á casa del señorito y le dijeron que aún no había vuelto.

TOMÁS Está bien. ¿Y la nueva casa?

PACA La hemos arreglado todo lo mejor que se ha podido para que la señorita esté bien abrigada en aquella sala que da al mediodía.

TOMÁS Corriente. Antes de comer iremos á nuestra nueva habitación.

PACA ¿Todos?

TOMÁS ¡Si quiés tú quearte pá servila á ella!

PACA ¡A ella! Primero me cortaba la mano derecha. Yo voy con ustedes... á donde ustedes dispongan, y Sebastián también irá; respondo de ello.

TOMÁS Ya sé que sois honráos y güenos y que me querís, y que querís á mi probe hija!

PACA ¡Con toda el alma!

TOMÁS Pus bien, estad dispuestos á la marcha. Y ahora avisa á esa mujer; díla que la espero. Quió acabar pronto. (Váse Paca por el foro, segunda puerta izquierda.)

ESCENA V

TOMÁS (sentándose, abatido.)

TOMÁS ¡Y tengo que tolerála! ¡Y habré de resinarme á hablá con ella por mor del vil interés, pá rendíla esas cuentas que me pide! ¡Y no puéo hacerla paecer tóos los tormentos que mi hija sufre! (Pausa.)

Yo quisiá encontrar el medio de humillála, de escarnecéla, de hacer justicia. Pero ¡cómo, Dios mío, cómo! Si no puéo alegar náa que tenga fundamento ante la gente. ¡Qué ha hecho ella con haber hecho

tanto! Náa. El mundo se reiría de mí: me llamarían idiota ¡qué se yo! (Exaltándose.)

¡Anda, Tomás, sufre, calla, resínate! Ve morir á tu hermano herío por misterioso dolor: ve morir á tu hija porque ella, la señora, el ama, sembró la desdicha en tu camino. Y no te alteres, no te descabales, no hagas náa, porque entonces... ¡oh! entonces dirían que tóo eso que tú alegas eran cizañas pá no dar cuentas de tu amenistración. Dirían que reñías por quearte con lo de ella, por engañala, por comerte el pan de una probe viuda! ¡No, ni el consuelo te quea de curar la hería! (Llora.)

¿Y pá qué te sirven, entonces, las energías? ¿pá qué el valor? ¿pá qué esa libertad de que te creías dueño? ¡Ah! ella ha sabío preparálo tóo mú bien pá atarte de piés y manos. ¡Infame, infame! Y mi probe hija agoniza y él no paece. Yo hubiá saltao por tóo casándoles. ¿Qué me importaba que él no tuviá apellío, ni familia, ni náa, si salvaba á mi hija.

Pero acaso obligao por ella se fué, se fué y no ha güelto. Esto no tié remedio: se ha concluío.

ESCENA VI

DICHOS Y DOÑA LUISA (por el foro.)

D.ª LUISA — No esperaba hallarte aquí. Creía que desde hoy habrías dejado franca esta casa que no es la tuya.

TOMÁS — Lo fué y por eso la tengo cariño. Por eso me encuentras en ella. Con tu oro pudiste hacer que tóo cuanto nos pertenecía pasara á tus manos; que lo que no te debía náa fuese tuyo en juerza de mentiras, enréos y amaños. ¡Lo que no puées hacer con tu oro es que esta casa no sea pá mí un templo! ¡Gracias á que estás en ella puées contar con mi calma!

D.ª LUISA — Aquí, tú y los tuyos, no teneis nada, ni templo, ni choza, ni propiedad, ni derecho. Vete pues.

TOMÁS Me iré cuando me váiga con la frente erguía y la honra asegurá contra los ataques rastreros de tu lengua ¿Puéo yo salir de aquí sin arrancáte una declaración que me libre de tus calúnias? He amenistráo tus bienes, y mañana ú otro día pudiás decir que tóo me lo había comío. Me firmarás el pago y luego me iré.

D.ª LUISA Tomás, eres un grosero; me insultas porque soy una mujer.

TOMÁS Eso, eso es; pón á la debiliá por escudo de tus infamias ¡Pero desgraciáa! ¿no sabes que estás hablando con el padre de tu víti-ma? de la que has inmoláo en juerza de mentiras y vilezas!

D.ª LUISA Basta: ni una palabra más. No toleraré tus insultos. Te ofrecí mi protección y no la quisistes ¿qué más podía hacer?

TOMÁS ¡Tu protección á cambio de que sacrificase á mi hija. ¡Tu protección á trueque de que ella se muera. ¡Valiente oferta! Es como si el rayo que mata dijese á su víti-ma: espérame riyendo, alegre, conforme, porque voy á matáte y quió que me agradezgas el favor. ¿Es eso?

D.ª LUISA Dí cuanto gustes y piensa cuanto quieras, pero vete pronto. Necesito ser dueña de mi casa sin que ocupen otros el puesto que no les pertenece, que no les puede pertenecer, ¡os aborrezco!

TOMÁS Eso ya lo sabía yo sin que tú me lo ijeras, y páice mentira que seas de la ciudá y no háigas conocío que también aquí se te aborrece. ¡Anda pregunta á esos probes, que tiés bajo tu pie, á quién respetan! ¡pregúntales á quién agradecen el pan! ¡No será á tí, porque tú les esquilmas y les agarrotas y les estrujas! En tí vén al señor, al amo que golpea y humilla; en mí al hombre honráo que les quiere y les ampara. Tóo ese abismo hay por enmedio.

D.ª LUISA Ya sé que me has malquistado con todos, pero aún me quedan algunos con los que nada puedo temer de tus venganzas. ¡Qué harás tú, pobre harapiento, ante la dueña de todo cuanto ves! ¡qué poder será el tuyo, si llevo conmigo lo que vale más que todas las fuerzas juntas, el dinero!

TOMÁS (Levantándose.) ¡Ah, que engañáa estás. Pide á Dios (Cogiéndola del brazo.) pídele con toas tus juerzas que Lena no se muera ¿lo oyes? ¡pídele que esa infeliz no caiga tronchá por el veneno que en su alma has deslizáo... ¡porque si eso sucée yo estoy aquí pá vengáme. No tengo más que una vía, con mi vía pago.

D.ª LUISA (Con altanería.) ¡Te desafío á que lo logres!

TOMÁS (Con ira.) ¿Me desafías? (Señalando al horizonte.) ¡miá: dende aquí se vé un tronco ennegrecío por la exhalación, allá del otro lao del río ¿le ves?¡mírale! Antes era alto, muy alto, fuerte, muy fuerte y desafió también al huracán y á la crecía y al rayo, pero cuando el rayo le quiso la pelea queó vencío el miserable. y ¡ahí se está renegrío y muerto! esperando al otoño pá que el río se le lleve.

D.ª LUISA Acabemos; firmaré cuanto quieras á cambio de que te vayas de mi casa.

TOMÁS Yo tamién lo deseo. Vamos. (Mutis: por la segunda puerta, izquierda.)

ESCENA VII

ELENA Y PACA, (que la sostiene cariñosamente. Elena camina muy despacio, demostrando gran debilidad: dirá todo su papel de pié hasta que lo indique la escena.) después SEBASTIÁN Y ENRIQUE

ELENA ¿Dices que está aquí? ¿Que ha venido?

PACA Sí, señorita. ¡Y buena que la hemos puesto todos; aseguro á usted que no se irá sin que oiga cuanto á mí se me ocurre decirla.

ELENA ¡Qué cruel ha sido! Primero la duda, después la envidia, luego el engaño! Todo lo empleó para matar mi felicidad hasta conseguir que él se alejara .. que no le viese más .. ¡mi Enrique! (Llorando: se detiene para tomar fuerzas.)

PACA ¡Otra vez! ¿No la he dicho que no quiero verla llorar?

ELENA Deja que desahogue mi pena. Las lágrimas son rocío bienhechor que cae del cielo. Son la tormenta que se deshace en perlas: el iris que aparece tras del huracán.

PACA Pero llevan á pedazos el corazón, señorita; queman las mejillas y agotan el alma. ¡No llore usted!

ELENA ¡Si él volviera!...

PACA ¿Y por qué no? ¿Le cree usted culpable?

ELENA Nunca lo creí: ni aun el día fatal en que estalló la lucha, cuando entre los acordes de la música que se alejaba oía yo á esa mujer maldita frases que destilaban en mi alma todo el veneno de la duda.

PACA ¿Dudaba usted?

ELENA ¡Oh, sí; dudé, pero jamás creí en la traición de Enrique: ¿por qué había él de engañarme? ¿por qué había de asomarse su alma á sus ojos, si guardaba en ella otro amor? No, no; aquella mirada no era fingida; aquello no podía ser sino cariño.

PACA Hace usted bien en no dudar. Todo es mentira. Han tratado de matarla, no sé por qué secreto egoismo.

ELENA (Llega junto al sillón, al lado de la galería.) Siéntame ahí, en plena luz, frente al campo. ¡Que vea yo ese horizonte inmenso, testigo de mis amores; que presencie los juegos de esas inocentes aves que sobre las aguas mecen sus alegrías! ¡Qué hermoso es vivir... vivir sin penas... sin dolores! (Se sienta.)

PACA ¿Así? ¿Está usted mejor?

ELENA Gracias, Paca. Vuestro cariño me consuela de todo. ¡Abre más esos cristales; que entre á torrentes la brisa de la primavera, porque creo que mi pecho no tiene aire para respirar.

PACA El día es hermoso. El sol calienta como en el mes de Julio.

ELENA ¡Y á pesar de eso yo siento que penetra en mis arterias el frío de la muerte. ¡Dios mío, Dios mío!

ENRIQUE (Por la derecha acompañado de Sebastián.) ¿Dónde está, dónde?

SEBASTIÁN (Deteniendo á Enrique.) Por Dios, señorito; con cuidiao: aún está mú enferma.

PACA ¡Ah! (Sorprendida al ver á Enrique.)

ENRIQUE ¡Elena!

ELENA Tú, tú aquí... (Levantándose y abrazándole.)

ENRIQUE ¡Elena mía! (Elena pierde de pronto sus energías.)

PACA ¡Jesús! (viendo que su señorita cae en el sillón) vais á matarla!

ENRIQUE ¡Déjame! (á los piés de Elena) ¡mi amor! ¡mi vida!

ELENA (Repuesta.) ¡Oh, sí, tuya, tuya... para siempre! ¡Al fin te veo! Tú no sabes cuanto he sufrido (cada vez más animada) ¿por qué te fuiste? ¿qué hice yo para alejarte?

ENRIQUE No me lo preguntes. Se apoderó de mí un vértigo... una locura. Luchaba entre un deber que yo creía santo y el amor que me inspirabas. Me habían lanzado al rostro la infamia de mi nacimiento lleno de sombras, y yo no podía manchar tu nombre uniéndole al mío, yo no podía rechazar las súplicas de aquella á quien miraba como á una madre.

SEBASTIÁN (Aparte.) ¡Silencio, tóo va á concluir!

PACA (Idem.) Pero ¡cómo!...

ELENA ¡Ah! no me hables más de eso; nada me importa; nada quiero saber. Con tenerte á mi lado me basta. Hace un instante que te veo y ya late mi corazón con más bríos, ya es más aromoso el ambiente y más puro el cielo y más brillante el sol. ¡Calla! (poniendo su mano sobre la boca de Enrique) no me digas ni tus dolores, ni tus placeres, ni tus desgracias. ¿Estás aquí? Pues yo vivo. ¿Has vuelto? Pues el mundo entero renace. Mira: entre el abismo ese del firmamento y el abismo de las aguas vuela libre el jilguerillo aquel al que tú hiciste nuncio de nuestros amores. Y aunque entre esos dos abismos nos coloque la suerte, nada temo. Podrá el cielo ennegrecerse y abatirnos con sus iras; podrá el remolino arrastrarnos entre sus espumas: ¡qué importa si estamos reunidos, si nos miramos, si nos junta el misterioso imán de una eternidad de amor.

ENRIQUE Tienes razón; ¡qué importa la lucha cuando el triunfo será nuestro!

SEBASTIÁN (Sigue el diálogo con Paca.) Te digo que van á venir y que tengo miéo de que hagan alguna barbariá.

PACA Mejor sería que saliésemos de esta casa. Ven, ayúdame á disponerlo todo. (Mútis Sebastián y Paca, saliendo por la segunda puerta derecha.)

ELENA Mi padre te quiere, rico ó pobre, inocente ó culpable; aunque seas hijo de la fatalidad, aunque no lleves un apellido honrado.

ENRIQUE Pues bien. Desechad el último error. Soy libre y tengo un nombre.

ELENA ¡Qué dices!

ENRIQUE Pronto lo sabrás; y después huiremos juntos,

unidos en santo lazo hacia otras tierras que no nos recuerden ni las penas sufridas ni las traiciones halladas.

ELENA — Eso es, sí; huyamos. Tengo ya fuerzas para todo. ¡Padre, Paca! (llamando.)

ESCENA VIII

ELENA, DOÑA LUISA, PACA, TOMÁS Y ENRIQUE

PACA — (A Elena.) ¡Aquí estoy!

TOMÁS — ¡Ah! (á Enrique) ¿estás aquí? ¡Te trae Dios pá salvála!

ENRIQUE — Sí, señor, sí, vengo á salvarla y á darla mi nombre; el que me han arrebatado hace veinticinco años.

ELENA — (Pero ella está aquí, Enrique: tengo miedo.)

D.ª LUISA — (¿Será demasiado tarde?)

TOMÁS — (A su hija.) ¿A qué temerla? Pronto la perderemos de vista.

D.ª LUISA — (A Tomás.) No olvides que esta casa se ha cerrado para tí. ¡Marchaos!

ENRIQUE — ¡Un momento! (A Tomás.) Antes de que nos separemos, querida madrina, es preciso que todos sepamos los favores que debemos á usted, ¿no es cierto?

D.ª LUISA — Como quieras. No será culpa mía si el destino nos separa. Quise protegerle (por Tomás) y no me escuchó; quise conquistar tu cariño y tampoco me has atendido. Vuestra será la culpa si yo me defiendo, si procuro vengarme de las injurias que aquí recibo.

TOMÁS — Entre nosotros náa pué haber ya de común. Me has firmao las cuentas y me voy.

ELENA — ¡Sí; vamos (á su padre y á Enrique) vamos ¡Enrique!...

ENRIQUE — No temas (A Tomás.) Acompañe usted á Elena y vuelva usted á mi lado: le necesito. (Tomás y Paca se llevan á Elena á su cuarto por la segunda puerta, izquierda.)

ESCENA IX

DOÑA LUISA, ENRIQUE, TOMÁS Y ANTONIO (éste por la derecha cuando entre Tomás en escena.)

ENRIQUE ¡Ya estoy aquí, señora! (Cruzándose de brazos.) La víctima, el hijo del arroyo, el desperdicio de una noche de crápula como usted decía, ya está otra vez frente á la noble, á la alta, á la caritativa, á la poderosa señora que le encumbró y le dió honores y riquezas. (Ríe.) ¿No es verdad que es muy divertido que ese arrapiezo, amparado por misericordia se burle de aquella á quien *se lo debe todo?*

D.ª LUISA (Con furor.) ¡Yo tengo la culpa de que así me insultes?

ENRIQUE ¿Insultos? Bah, tengamos calma y hablemos. Traigo aquí (En el pecho.) tanta hiel que no sé cómo arrojarla toda de un golpe. (A Tomás que vuelve en este momento.) Siéntese usted, padre; también usted debe oirme.

TOMÁS (Con disgusto.) ¡Sentarme, estando ella aquí! (Entra Antonio.)

ENRIQUE (Suplicante.) Se lo ruego.

D.ª LUISA ¿Es que vais á juzgarme?

ENRIQUE ¿Y por que nó? Hay un tribunal mucho más alto que el de los hombres: esos se venden por un puñado de oro; éste no se vende por nada, pues lo puso Dios en los senos más recónditos del alma. ¿Sabe usted cómo se llama ese tribunal, señora?

D.ª LUISA No, ni me importa.

ENRIQUE Es lo mismo. Se llama la conciencia, y la mía y la del que va á ser mi padre y acaso la de usted, serán ahora los magistrados acusadores.

D.ª LUISA (Reponiéndose y con fingida calma.) Te confieso que el tono que empleas me hace gracia. Es digno de cualquier protagonista de folletín á lo Merouvel.

TOMÁS Y ¿á qué molestarte, Enrique? Yo creo que es más fácil despreciarla y dirnos á nuestra casa.

ENRIQUE (Con energía.) En ella estamos. Aquí además tengo que cumplir un sagrado deber, lavar

mi nombre manchado por ella, defender á mis padres y adquirir una fortuna que me robaron.

D.ª LUISA (Riéndose.) ¿Qué te robaron? ¡Es gracioso!

ENRIQUE (Levantándose airado y sujetando á Doña Luisa por un brazo.) ¿Te acuerdas infeliz de la noche de mi nacimiento? Una mujer víctima del amor te entregó á su hijo, cediéndole un montón de oro para que le prohijases y le educaras y exigiéndote el secreto. ¿Qué has hecho de aquella fortuna? ¿qué quisiste hacer del hijo abandonado?

D.ª LUISA (Con cinismo.) ¡Suposiciones tuyas! ¿dónde están las pruebas que me acusen, dónde las traiciones que me atribuyes?

ANTONIO (Presentándose ante Doña Luisa.) ¡Aquí están! Basta con este corazón arrepentío y con lo que el señorito Enrique sabe.

D.ª LUISA (En actitud de huir.) ¡Oh! (Enrique la rechaza.)

ENRIQUE ¡Calma, señora! Aún falta algo.

TOMÁS Ya lo ves; hasta ese que tú creías fiel, viene á acusáte.

ANTONIO Ya es hora de rebeláme, señora; y por eso vengo á castigála, por eso vengo á romper ese ñudo que nos ataba á los dos.

D.ª LUISA ¡Ah, tratais de deshonrarme, tratas de llevarte cuanto poseo; tú... el noble, el generoso, el digno, te haces cómplice de ese infame!

ENRIQUE Mientes. Hago justicia. En poder del Juzgado queda el acta en que consta mi nacimiento. Hijo del amor, no del vicio como tú decías, por el amor fuí legitimado, y es justo que me devuelvas la herencia que te dieron cuando tú juraste conservármela. (Al señor Tomás.) ¿Comprende usted su objeto? ¿Sabe usted ya lo que esa mujer quería? ¡Arrebatarme la fortuna que la hizo poderosa proponiéndome un matrimonio que mi corazón rechazaba! ¡Dios permite á veces que la desgracia oculte los crímenes que forja la ambición! (A Doña Luisa.) ¿No es cierto?

D.ª LUISA (Furiosa.) ¡Y bien, mi venganza, mi infamia, como quieras llamarla, se consumará. Enrique. Tú no te casarás con Elena.

TOMÁS (Exaltado.) ¿Quién se lo ha de impedir, tú?

D.ª LUISA Yo, sí. Aunque tenga que saltar por todo, aunque tenga que daros muerte con mis manos, con mis dientes, con mis uñas... ¡Aún

me queda el puñal que rasga y lleva al corazón el frío del sepulcro!.

TOMÁS ¡Aparta, aborto, aparta!

ANTONIO Déjala Tomás; la fiera acorraláa quié morder, pero ya es tarde. ¡Que te diga qué hizo de la honra de tu hermano! ¡que te diga de quién es hija esa muchacha á la que quié hacer rica á costa de Lena! ¡Ah, es preciso que lo oigas tóo.

TOMÁS ¡Habla, habla! (Antonio y Tomás se reunen. El primero acciona como si estuvierá enterando al segundo de la historia de Doña Luisa.)

ESCENA XI

DICHOS, PETRA (presa de violenta agitación) Y ELENA

PETRA ¡Luisa, Luisa!

TOMÁS (A Antonio.) Dices que es su hija.

D.ª LUISA (Leyendo un telegrama que le dá Petra.) ¡Mi hija!

ENRIQUE Digno enjendro de tal criatura.

D.ª LUISA (Con creciente furor.) Calla, calla: todo el odio que te tengo no puede agotarse con cien muertes; por tí desfallece, allá, en Madrid mi pobre hija; víctima de tu amor encuentra lejos de su madre una agonía espantosa... ¡oh, Dios mío! (Llora.)

ENRIQUE Te comprendo; quieres ahora que Elena te oiga; que hagan los celos lo que tú no has podido hacer...

ANTONIO (A Tomás, conteniéndole.) ¡Aún hay más!

TOMÁS (Con impaciencia.) ¡Más!... ¡acaba!

D.ª LUISA (Gritando.) Al mundano como tú, seductor eterno, ladrón de honras, no se le puede escuchar con calma... (más gritos.) ¡Elena, Elena, ven á ver cómo demandan á tu prometido cuentas de otro amor que no fué el tuyo!.

ENRIQUE ¡Ven, sí, óyelo todo. (A D.ª Luisa.) Ya ves que no te temo.

ELENA (Saliendo aterrada.) ¡Enrique!

D.ª LUISA Abrázale, sí, abrázale, así abrazaba á María; así abrazó á otras.

ESCENA FINAL

DICHOS, SEBASTIÁN Y PACA. (D.ª Luisa y Tomás quedan en medio.)

TOMÁS ¡Calla!... mujer de Satanás, calla.

D.ª LUISA (Fuera de sí.) ¡Quieres librarla de que lo oiga... es tarde. ¡El mal está hecho!

ELENA (Desmayándose.) ¡Jesús!

ENRIQUE (Con dolor.) ¡Elena, Elena mía! ¡Vas á matarla!

TOMÁS (Avanzando.) Ella; la infame que deshonraba á mi probe hermano; la que causó la muerte de Martín.

D.ª LUISA ¡Y qué importa! Abrid paso. (Retrocede puñal en mano hasta el foro.)

SEB. Y PACA (Al ver á D.ª Luisa armada.) ¡Cuidado!

TOMÁS (Se lanza á desarmar á Doña Luisa en el foro, forcejeando con ella hasta conseguirlo. Antonio y Sebastián guardan la puerta y vigilan á Petra.) Has matado á mi hermano, matas á mi hija! (En la lucha llegan á la galería.) Pues bien: (arrojándola al río) ahí tiées mi venganza.

PETRA (Desmayándose.) ¡Socorro!

ENRIQUE (Aterrado.) ¡Oh!

PACA (A Tomás.) ¡Por Dios!

TOMÁS (Jadeante, con voz cavernosa.) Cayó donde él... donde debía morir, en el remolino. (Volviendo á la escena.) La fruta mala se arroja pá que no contagie. (Mirando al río.) ¡Véisla, ya flota su cuerpo, ya se retuerce en la agonía!... ¡ya avanza!... eso; eso es; ni aun el río la quiere.

TELÓN

NOTAS

En el segundo acto de este drama se ejecutó, la noche del estreno, una jota original de D. Fernando Gómez Redondo.

Fruta Dañada ha alcanzado mayor éxito, tanto en la primera representación como en las sucesivas, merced al cariño con que la estudiaron todos los actores que en ella tomaron parte, especialmente la Sra. Cirera y el Sr. González.

Reciban ellos los aplausos concedidos á la producción, y el reconocimiento que el autor se complace en guardarles.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Caer en Blando, juguete cómico en un acto, (en colaboración con D. Segundo Cernuda).

Célia, ensayo dramático en tres actos y en verso, estrenado con éxito en Valladolid y San Sebastián.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

En la Administración lírico-dramática de **Sres. Hijos de Hidalgo,** Mayor, 16, entresuelo.

PROVINCIAS

Valladolid: Imprenta Castellana, Recoletos, 12, bajos, y principales librerías.

En las demás provincias en casa de los corresponsales de la Administración lírico-dramática.

Pueden también hacerse pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PRECIO: DOS PESETAS